

CHZ  
P.º AS  
24-57  
ANT-XIX-1285/3  
S. J.

JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO.

---

LAS OBRAS  
DE  
DON JUAN ANTONIO CAVESTANY,  
ANTE EL SENTIDO COMUN.

---

COLECCION DE ARTÍCULOS PUBLICADOS EN LA REVISTA  
CIENTÍFICO-LITERARIA LA ENCICLOPEDIA.

---

PRECIO: 2 REALES.

---

---

SEVILLA

---

IMPRESA Y LIT. DE JOSÉ MARÍA ARIZA.—CUNA 58.

1879



ANT-XIX-1283/3

R-41.322

JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO.

---



LAS OBRAS  
DE  
DON JUAN ANTONIO CAVESTANY,  
ANTE EL SENTIDO COMÚN.

---

COLECCION DE ARTÍCULOS PUBLICADOS EN LA REVISTA  
CIENTÍFICO-LITERARIA LA ENCICLOPEDIA.

---

PRECIO: 2 REALES.

SEVILLA

IMPRENTA Y LIT. DE JOSÉ MARÍA ARIZA.—CUNA 58.

1879



## DOS PALABRAS.

---

Las obras de un escritor son una propiedad pública: el que las lee puede juzgarlas como quiera y publicar su opinion, si así le place.

BYRON.

Dedicado á estudios muy agenos á la poesía, y falto de conocimientos literarios, me veo en la necesidad de examinar las obras del Sr. Cavestany, no á la esplendente luz de una bien cultivada erudicion artística; no ante la estética ó las ciencias sociales, no ante el buen gusto siquiera, sino solamente á la escasa luz del sentido comun.

Si con ella, unida á la más estricta imparcialidad, y sin aducir textos, autoridades ni reglas, puedo hacer valederos mis juicios, nada habré hecho que merezca leerse, pero habré jstificado mi opinion más que esa turba de admiradores que aplauden simplemente por contagio.

Las páginas que á instancias de mis amigos doy á la prensa, son la recopilacion de una série de artículos publicados en LA ENCICLOPEDIA, desde Octubre del año próximo pasado.

EL AUTOR.



---

## EL ESCLAVO DE SU CULPA.

---

*El esclavo de su culpa*, que tantos aplausos parece haber merecido en Madrid, donde fué estrenado, es un drama en tres actos, cuya acción surge y se desarrolla del modo siguiente:

Ramon viene á Madrid desde el pueblo de su residencia, acompañado de su esposa Enriqueta á quien adora, aún cuando sabe perfectamente que su muger, siendo soltera, habia caído en un desliz, origen de una hija á quien ámbos creen muerta. Un amigo de su niñez, Don Cárlos de Aguilar, obligado á partir para América, recomienda á Ramon sea en su ausencia el protector de una hija que posee y que es fruto de un amor ilegítimo. Por las respuestas que recibe Ramon, viene en conocimiento de que su amigo Cárlos es quien, con el supuesto nombre de Fernando de Espinosa, sedujo á Enriqueta, y comprende al par que la hija recomendada es el fruto del desliz de su muger y de las calaveradas de su amigo. Apénas hecho este descubrimiento, aparece Enriqueta ante ellos, con lo cual queda Ramon en la situación que es fácil de adivinar, al presentar á su amigo en su muger á la heroína de la historia que acaba de referir. Con esta escena termina el primer acto.

En el segundo, que tiene lugar en casa de Cárlos, Alfredo, calavera empeñado en seducir á una jóven que habita en Madrid con una vieja setentona que la guarda, pide consejo á su amigo Aguilar para apo-

derarse de la muchacha y éste escribe al calavera, fingiendo ser su tío, una carta en que le encarga saque depositada á su amada, y se ofrece á ser padrino de la boda, esperando que la jóven, al leer esto, cederá á las sugestiones de Alfredo y consentirá en fugarse con él.

Mientras este va á consumir el rapto, Enriqueta se presenta inesperadamente en casa de Cárlos, con objeto de suplicarle desestime las provocaciones de Ramon, que, segun sus temores, piensa desafiarlo. Cuando Cárlos le promete «sufrir cuanto le sea posible» ántes de aceptar tal desafio, y le aconseja salga por la puerta del jardin para que nadie la vea, se presenta en escena Ramon, que viene á pedirle «una esplicacion de todo» y á exigirle diga dónde tiene á su hija, para decirle á ésta «todo sin vacilar.» Cárlos, que se aterra ante la idea de tal castigo, no descubre el paradero de su hija á Ramon, que sale amenazándole con «contárselo todo» si la encuentra.

Entretanto, Alfredo roba á la muchacha; pero en lugar de llevarla á otra parte, la trae á casa de Cárlos, donde Emilia, que así se llama la niña, dice que ella es prima de Alfredo. Mientras éste sale, entra en escena Enriqueta, que habiendo hallado cerrada la puerta del jardin, se vuelve atrás, encontrándose así con su hija, á quien reconoce en la inocente Emilia, que si se escapó con Alfredo, solo fué por haber visto en la carta que éste le presentó la letra de su padre.

Entónces, aparece Cárlos creyendo á Ramon la causa de la desaparicion de Emilia, y mientras Enriqueta le acusa como cómplice del rapto de su propia hija, ésta se fuga segunda vez con Alfredo.

En el tercer acto, que tiene lugar en casa de Ramon, traen á Emilia desde la estacion del ferro-carril á los brazos de la que ella ignora ser su madre, y despues de una escena entre ámbas y Ramon, que la presencia enternecido, llega Cárlos por su hija y tiene con ella algunas explicaciones que interrumpe Alfredo, reconociendo su falta, y suplicándole la mano de Emilia, que aquél no quiere concederle, mientras no se haga acreedor á ella con su meritoria conducta.

Cárlos insiste en llevarse á su hija, siempre temeroso de que Ramon se lo cuente todo, pero éste le promete que nadie la arrancará de los brazos de Enriqueta. Entónces Cárlos, agradecido á esta accion, en la cual vé un sacrificio verdadero, se impone á cambio el de no volver más á España ni ver á su hija, para no turbar la felicidad de Ramon.

Tal es el drama que hoy ofrezco á la consideracion de mis lectores.

El asunto no es nuevo, pero tampoco creo sea como se dice, un plagio: ignoro si ha sido concebido ó perfeccionado por el autor de cierta obra cuyo estreno presenciamos y que se llama *De tejas abajo*; pero en el mero hecho de estar tomada de cinco ó seis producciones distintas, como afirman inteligentes y no inteligentes, deja de ser plagio como

conjunto ó como asunto, y no es ya ésta, ni aquella, ni ninguna de las obras que se citan, puesto que difiere de cada una en lo que tiene de las demás: podrá tener y tiene escenas plagiadas; pero de ser plagiadas las escenas á serlo la obra en conjunto, hay, sin duda, alguna diferencia. Plagio caracterizado perfectamente y reconocido por todo el mundo es la composicion que á *Las Ermitas de Córdoba* se dice que escribió el Sr. Cavestany; pero *El esclavo de su culpa*, ó no es plagio, ó si lo es, todavia no se ha indicado, que yo sepa, la obra de que, con tan desacertada eleccion, está casi absolutamente tomado.

Por último, ninguna crítica imparcial y prudente puede exigir á un principiante caracteres, situaciones y soluciones absolutamente originales: eso solo puede exigírsele á la sublime inspiracion del génio, único que tiene el poder y el privilegio de crear.

Sentado esto, paso á examinar los personajes, dejando á un lado á Pablo y comenzando por Ramon, uno de los más importantes.

Ramon es un hombre bondadoso, de no muchos alcances intelectuales, que viene á Madrid diputado por su pueblo, al que anhela volver para no pensar más que en sus talleres, en la vida doméstica y en la velada del boticario: hombre que cuenta á un calavera, de un modo excesivamente angelical, que no le disgusta piropéen á su muger, y que da las gracias al primito de ésta, que es el calavera que le escucha, cuando, por darle gusto á Ramon, dice una flor á Enriqueta.

Algunas frases que pronuncia darán idea de su instruccion y su talento. En la primera escena dice Alfredo:

El hombre es cosmopolita.

y Ramon contesta:

Eh!

cuya interjeccion, ó no está usada en su verdadero y general sentido, ó se ha puesto para completar el verso, ó expresa que Ramon ignora lo que significa «cosmopolita,» y no añado una interpretacion más, porque se sabe que no era sordo. Resulta, pues, que, ó es muy tosca su educacion, ó esa interjeccion está reñida con la belleza; y Alfredo debia inclinarse á la solucion primera, cuando enseña á Ramon, no muy contento con oír «sacar tanto nombre» que

Darwin sostiene que el hombre es descendiente del mono.

lo cual lo recibe con exclamaciones el diputado á Córtes, cuando no hay quien tenga de tal cosa alguna idea, aunque sea tan errónea como la de Alfredo, que atribuye á Darwin opiniones que está muy léjos de sostener este venerable sábio.

En fin, el mismo Ramon lo dice claramente:

Allá en un pueblo educado,

nunca en la corte he vivido  
y en mi rincón he aprendido  
solamente á ser honrado.

Ramon es, pues, un hombre honrado, pero él lo dice: no ha aprendido más que esto: si hubiera sabido más y su corazón tuviese la grandeza de haber optado por la honradez entre las seducciones del vicio y del mundo; si hubiera conocido y rechazado al mal en la vida práctica y en el campo de la inteligencia, y hubiera preferido á todo esta honradez, la hubiera acrisolado en grandes luchas y al fin viniese á considerarla como el verdadero y único manantial de todo goce puro y legítimo, Ramon habria valido más; pero no es así: Ramon es bueno porque no ha podido ser otra cosa; no es el hombre que ha llegado á ser virtuoso luchando con el vicio y á despecho de sus seducciones.

Enamorado locamente como está, hará cuanto pueda agradar á Enriqueta, cuyos merecimientos consisten en valer ménos que una muger vulgar, y esto, tratándola con indulgencia; que si se considera su falta y la mucha edad que debe llevarle á Ramon, á juzgar por los datos que arroja el diálogo, aún podria calificársela de peor manera, al ver representado tan gráficamente al inesperto enamorado de quince años, *pescado* por una cotorróna que fué á Zaragoza á lo que ya sabemos, y que no es por cierto la que descubre á Ramon su historia: es el padre de ella, que al fin se entera, no obstante la marcha á Zaragoza, quien se lo refiere con verdadera grandeza de alma, á un niño de quince años que viene á pedirle, no el pañuelo, sino la mano de su hija, mayor que él; todo lo cual sobra para que Ramon abandonára á Enriqueta, no tanto por la justificada causa de tan enorme culpa, como por la indignidad de no habérsela confesado noblemente y haber querido engañarlo.

Ramon es uno de esos bonachones gordos que todos conocemos y que nunca podrán ser digno ejemplo de nada grande, ni escogido modelo que pueda presentarse á la sociedad, para que aprenda ó admire.

Pero ahora lo conocerán mejor mis lectores. Cuando su amigo Cárlos viene á recomendarle á su hija y le dice que ésta es fruto de un amor desgraciado y que su madre

de un colegio de Toledo  
á pasar las vacaciones  
salió llena de placer,

Ramon, que, á tener verdadero amor, no desecharía jamás de su memoria los antecedentes de su muger; Ramon, que debia estremecerse al menor asomo de analogía con la historia de Enriqueta; Ramon, que, á tener algun talento y oír señas tan sospechosas, debió ser víctima de pasiones concentrativas y debia hablar y obrar en consonancia con ellas; Ramon, que debia querer borrar del libro del pasado la historia

de su muger, en lugar de alejar toda sospecha, responde en un sublimado y expansivo ataque de necedad:

¿De Toledo dices?

CARL. Sí.

RAM. Conozco un colegio allí,  
donde estuvo mi muger;

con lo cual acabará el lector de comprender todo lo que se puede esperar, todo lo que puede ilustrar á la sociedad cuanto haga ó piense semejante personaje.

Por fin, cuando Cárlos le dá numerosos detalles, cruza por su mente un recelo, y adquiriendo nuevos datos, viene al cabo en conocimiento de que su amigo es el seductor ó el amante de su muger. Entonces se presenta ésta, produciendo el efecto que es natural y que ya he dicho, y engendrando una escena perfectamente traída, que constituye el final del primer acto, que tiene verdadero mérito y que es á no dudar el momento más feliz de toda la produccion.

En el segundo, Ramon dá mayores pruebas de su insensatez: despues de lo ocurrido, debia huir de Cárlos, y todo volvería á la paz anterior; pero como con esto concluiría el drama y es menester que no se concluya; como esto es dar una prueba de cordura, y Ramon no la posee ni en grado mínimo, resulta que, léjos de obrar así, se presenta en casa de Cárlos con el quijotesco objeto de pedirle «una explicacion de todo.»

Lo más notable es que el autor pone en ridículo á Ramon con las respuestas de Cárlos, cuyas consideraciones debió atender él mismo para no escribir tal escena.

Transcribo algunos trozos:

RAM. Bien hiciste en presumir  
que te vendria á pedir  
una explicacion de todo.  
Cuanto ayer tu voz me dijo  
que ahora me expliques espero.

CÁRL. ¿A eso vienes?

RAM. Eso quiero,  
y si no basta, lo exijo.

CÁRL. Haces mal en exigir:  
bastante te dije ayer;  
ni más debes tú saber,  
ni más debo yo decir.

RAM. Cárlos! esa explicacion.....

CÁRL. A tu afan no me acomodo.

RAM. Cuéntamelo todo, todo;  
Yo te lo mando.

¿Qué más quiere este hombre que le cuenten? Por fortuna, Cárlos no accede á sus deseos; que si le refriese en voz alta los detalles que quedan por contar, se vería el público en la precision de asaltar la puerta, con las orejas tapadas.

Al casarte, ¿de Enriqueta  
no sabias el pasado?

dice Cárlos, con una razon que nadie desconocerá. ¿A qué vienen ya esas bravatas? Pero ahora salimos con que nuestro héroe no piensa desafiar á su antecesor, y venimos en conocimiento de que Enriqueta se equivocó: lo que quiere Ramon es castigar á Cárlos contándoselo todo á la hija de éste.

RAM. ....Si al cabo lo dirás  
aunque decirlo te aflija!  
¿dónde tienes á tu hija?

CÁRL. Eso nunca lo sabrás,  
nunca.....

RAM. Si lo has de decir  
áun de tu afan á despecho.

CÁRL. Decirlo, ¿con qué derecho  
me lo vienes á exigir?

Aun insiste Ramon, diciendo:

Ver á tu hija necesito!  
Ella sabrá tu delito!

CÁRL. Mira lo que hacer intentas.

RAM. Sin tregua la buscaré  
y la he de hallar. ¿Por qué nó?

CÁRL. Jamás, mientras viva yo.

RAM. Jamás? yo la encontraré.

CÁRL. Ramon! mira mi prudencia!

RAM. Todo tu hija lo sabrá!

Este es un puro tejido de puerilidades: Ramon puede ir á buscarla si le place, lo cual no será tan necio como pretender que el mismo Cárlos le diga dónde está su hija, y porfiar acerca de si la encontrará ó no la encontrará.

Ramon quiere decirle que,

no mereces siquiera  
el que ella «padre» te llame:  
Y rotos tan dulces lazos  
te matará su desvio,  
verás el mundo vacío,  
¡te faltarán sus abrazos!

Y luego añade:

Lástima abrigo  
de tí... cuando en ella pienso.

.....

Y odiado serás  
por ella.

CÁRL. ¡Yo por mi hija...!

RAM. Lo serás aunque te aflija.

*Y hija que hija.* Ramon, siempre cándido, ignora que ningun hijo ódia á su padre por ningun crimen, y ménos por una calaverada que podrá hacer poco sesudo al autor de sus dias, pero no criminal ni repugnante. Cárlos, despues de todo, es un calavera generoso, que no envia sus hijos á la Inclusa ó los deja en la desgracia, como hacen muchos de su condicion, sino que cuida á su hija, la mantiene y la recomienda y le busca un protector, cuando se vé obligado á separarse de ella tan inevitablemente como indica esta aleyuya:

Yo sin poderlo impedir,  
tengo á América que ir.

La cual me recuerda esta otra:

Su padre, pobre infeliz,  
tuvo un grano en la nariz.

Por fin, este hombre, único que puede creer ódie una hija á su padre porque haya sido un calavera; este hombre, sólo atento á satisfacer los deseos de su muger, adopta como hija á Emilia, para no dar á Enriqueta el disgusto de no verla más. Con enfático tono dice á Cárlos:

.....aunque seas su padre  
y aunque me juzgues malvado,  
ni tú mismo [ya] del lado  
la arrancarás de su madre.

Todo lo cual sería inverosímil si se tratara de una persona capaz de pensar que ni el caso era para tanto, ni tenia derecho para negarse á entregársela, ni era posible que Cárlos accediera á no verla más, por lo cual no haria semejante negativa; pero nuestro héroe, incapaz de acierto, no pudo pensar estas cosas y retiene á Emilia para dar gusto á Enriqueta, fiado en que el autor suministrará á Cárlos toda la incapacidad suficiente para consentirlo y quedar agradecido por apéndice.

Con todos estos rasgos se caracteriza este personage, que no pronuncia en todo el trascurso de la obra ni una sentencia, ni un pensamiento grande ó bello, ni otra cosa más que vulgaridades ó desatinos. Ramon ejecuta todas sus acciones como las ejecutaría un mándria cualquiera; pero no como debia realizarlas un gran carácter.

Veamos qué clase de muger es Enriqueta. Despues de haber incurrido en una falta de difícil perdon; despues de habérsela ocultado á Ramon tan innoblemente como haría la muger de corazon mas pobre; y despues de reconocer en el amigo de su esposo á su antiguo amante, en lugar de aconsejarle huya del trato de éste y no vuelva á verlo más, cosa que demostraría algun talento en ella, cosa que su marido ejecutaria con facilidad, cediendo á su muger, como de costumbre, y obedeciendo además á su propia razon y á la fuerza de las circunstancias, con todo lo cual la accion sería verosímil, pero no habria drama; en lugar, repito, de aconsejar y seguir esta prudente y natural conducta, comete, contra la razon y contra el sentido comun, la enorme falta de presentarse sola en la casa de un soltero, de un calavera, de su antiguo amante, exponiéndose á los desenfrenos de éste y á los celos, la desconfianza y las fundadísimas sospechas de su marido, si, como es fácil, tiene conocimiento de este paso. Aquella muger realiza la mayor insensatez, la imprudencia más censurable que puede cometer la que tiene que borrar una falta pasada con su conducta presente; la que tanto empeño debe poner en alejar de su marido el más insignificante recelo y la que, por haber ya pecado, está expuesta á la más ágría censura. ¿Acaso algun elevado sentimiento, algun grandioso móvil la impulsa á despreciar las apariencias y á pasar heroicamente por encima de todo, con objeto de conseguir un fin que justifique los medios y la enaltezca? El diálogo que transcribo lo indicará. Enriqueta, que entra diciendo, no sé por qué, á Cárlos, que ya la ha saludado por su nombre y ante quien ella se levanta el velo,

Yo soy.... (la emocion me vende).

Si mi presencia le ofende, etc.;

Enriqueta que pronuncia estas frases, ininteligibles para mí, añade más adelante:

Sé que Ramon,

por lo que he podido oirle,  
hoy mismo vendrá á pedirle  
de todo una explicacion.

CÁRL. Hará muy mal; no es á mí  
á quien exigirla debe.

ENRIQ. Lo hará.

.....  
.....  
Por tanto á verle he venido,  
aunque eso me compromete,  
á pedirle..... que respete  
la vida de mi marido.

CÁRL. Señora... asunto tan grave  
solo él lo puede evitar.

ENRIQ. Usted sabe manejar  
las armas: Ramon no sabe.

¡Pobrecito Ramon! ¿Qué te parece, lector, la embajada de Enriqueta? Y ¿cómo esta mujer, comprendiendo el inmenso ridículo en que vá á caer su marido ante el hombre mismo que le ha robado la calma y el honor, no le confiesa que «por lo que ha podido oírle» conoce su intento y trata de disuadirlo de su extemporánea, contraproducente y quijotesca empresa? ¿Acaso no tenía recursos Enriqueta para realizar esto, aún sin referirse para nada al desafío y fingiendo ignorar lo que habia oído? La docilidad y el amor de su marido ¿no le garantizaban el éxito? ¿Por qué no lo intentó? ¿Podia negárselo Ramon sin faltar á su carácter, á su amor y al sentido comun? Aun cuando las consecuencias fueran terribles, que no podian serlo, ¿no debía Enriqueta impedir á toda costa las provocaciones de Ramon, considerando que todo era poco al lado del tristísimo papel que iba su marido á representar ante Cárlos, y al lado del éxito que es natural en un desafío cuando un contrincante sabe manejar las armas y el otro pobre no sabe? ¿Cómo es posible que una muger en las circunstancias de ella, desafiando peligros sin cuento y consecuencias terribles, se presente sola en casa de un calavera con quien ha tenido relaciones criminales, para pedirle á él, y no á su marido, que todo se lo concede; para pedirle á un tronera que se ha negado á una cosa tan natural como casarse con ella, que no responda dignamente á una provocacion injustificada, y exigirle esto, poniendo en ridículo al infeliz marido que no sabe manejar las armas y que queda reducido al triste caso de que su mujer vaya á sufrir la humillacion más terrible para inspirar compasion en su favor? Y aún cuando ninguna de estas circunstancias mediase, ¿cómo pudo creer que Cárlos iba á acceder á sus deseos? ¿Qué hombre, y ménos un calavera, atiende á semejante súplica? Habrá quien como un inmenso favor consienta en no tomar la ofensiva; pero despues de una provocacion injusta, ¿cómo habia nadie de contenerse? Enriqueta que debia comprender esto, que sabia sería inútil su empeño ¿cómo exponia así su honor, la tranquilidad doméstica, su reputacion y la de su marido y cómo humillaba su propia altivez y dignidad, por la consecucion de una empresa que, con seguridad, no habia de darle el resultado apetecido? ¿Acaso todo eso se expone así en aras de un éxito tan inseguro y problemático?

¿Qué hay en esta conducta de grande y elevado? Yo sólo veo que todo se sacrifica por una tontera de Ramon, que se hace quisquilloso sin razon y á última hora, y por una necedad de Enriqueta, que, sólo

con un móvil muy superior á ese debió ir y en otras circunstancias á casa de Cárlos.

Pero no es esto todo: despues de tantos sacrificios y de comprometerse tanto, ¿sabes lector en qué invierte Enriqueta casi todo el tiempo que está en casa de Cárlos? En pronunciar un discurso, en que se ocupa, siempre con referencia á sus pasadas relaciones, de distinguir el amor del deseo y en oír las explicaciones que Cárlos le dá de su conducta para con ella. ¿Qué te parece? A ser Cárlos el mismo que el día anterior hablando con Alfredo; al considerar la conducta de aquella muger; al recordar su pasado; al ver la apariencia de pretesto que tiene su presencia allí; al observar que, olvidándose del desafio, que queda como asunto incidental, alude á sus relaciones y oye cuanto él le habla con referencia á sus pasados amores; á ser Cárlos, no digo ya el que conversaba el día anterior con Alfredo, no digo un calavera, sino un hombre vulgar que se vé en tan propicia ocasion con una mujer que al fin

tiene más que ver  
que una corrida de toros,  
debía haber concluido su discurso haciéndole, por lo ménos, una declaración amorosa.

Pero dejemos á Cárlos, y observa cómo concluye la escena:

CÁRL. ¡Usted pretende de mí  
que evite ese duelo!

ENRIQ. Sí.

CÁRL. Cuanto esté en mi mano haré.

ENRIQ. Gracias: siendo de ese modo  
marchar puedo descansada.

De manera, que todo el compromiso, toda la humillacion que esa muger debe sentir ante la presencia de aquel hombre, y todos los sacrificios que hace, están compensados con que Cárlos le diga «Cuanto esté en mi mano haré», quedándose con esto tan satisfecha, que ya puede «marchar descansada.» ¿Y cree Enriqueta que cuando un hombre dice «cuanto esté en mi mano haré», tratándose de evitar un desafio y de desoir una provocacion es ya bastante para que marche descansada? Tanto como ella ha espuesto, ha sido tan solo por alcanzar estas palabras? Y ¿pueden ellas garantizarle un éxito satisfactorio á sus deseos? En la sociedad, los hombres honrados, ¿se creen alguna vez sujetos por haber dicho esas palabras? ¿No son más bien una evasiva que otra cosa? Además, no estando en los intereses de Cárlos el huir el desafio, ¿puede esperarse que él ponga algo de su parte para evitar el duelo? Y últimamente, áun cuando Cárlos le hubiese jurado mil veces por todo lo sagrado del mundo que despreciaría las ofensas de Ramon,

¿cómo había de marchar descansada, precisamente con la palabra de hombre que la engañó?

Hay más: ¿no se le ocurrió á Enriqueta que con su equívoca conducta y sus exigencias, podia dar lugar á que Cárlos, siendo un tronera, viéndola tan guapa y valiéndose de la ocasion, se atreviera por lo ménos á pronunciar una palabra inconveniente, á hacerle una proposicion inícuca, á ofrecerle lo que ella exigia á cambio de otros favores?....

Todo esto debia haber pensado Enriqueta, y en su virtud, no haber ido á casa de Cárlos, considerando valia mucho más lo que podia perder allí que lo que podia ganar su marido.

Pero ya digo: si Enriqueta hubiese tenido un talento mediano y no hubiera celebrado esta entrevista, no habria drama: y era necesario que lo hubiese, aunque fuese, como es, fundado en sus desatinos y en los del infeliz Ramon.

Por último, para coronar la obra, Enriqueta no sale por la puerta principal, exponiéndose así á matar á su marido de un disgusto, si sabe, por aquello de que nada queda oculto, que su muger sale por puertas escusadas de casa de su antiguo amante. Con esta diplomacia termina esta escena, que forma el polo opuesto de la última del primer acto.

Más adelante, y habiendo encontrado la puerta del jardín cerrada, Enriqueta vuelve atrás, encontrándose así con Emilia, en quien reconoce á su hija, haciendo por cierto esta deduccion con bastante ligereza puesto que el ser Emilia hija de Cárlos, aunque es una probabilidad, no es una certeza de que fuera tambien suya, pues que, así como de ella, pudo aquél tener hijos de otras mugeres; y viviendo Enriqueta en la creencia de que el fruto de su desliz habia fallecido, no debia convencerse tan repentinamente, sin que nadie le explicára tan inesperada resurreccion.

Ahora que conoce el lector el matrimonio y sabe el buen talento que lo distingue, no extrañará que, por órden de Ramon y con asentimiento de Enriqueta, se enviase á la estacion para que detuviera á los prófugos, no á Pablo siquiera, hombre de confianza que estaba en el secreto, sino á María, doncella de la señorita, acompañada de la respetable personalidad de Francisco, aguador, por lo ménos, de la casa. De modo, que el secreto de su pasado y la honra del matrimonio se confia, nada ménos que á los sirvientes, encargados de traer á una fugitiva, hija ilegítima de su señora. Y además, Ramon y Enriqueta confian en que cuando un hombre, un calavera, comete un rapto, no hay más que enviar al farruco, y ya el raptor, conmovido por su elocuencia, no le dá un par de estacazos, sino le entrega admirado el

objeto de sus amores. Esto es de primer orden. ¿Qué idea formarían los consortes de Alfredo? Paso á demostrar que aunque juzgaron por su tontera de la de él, y la suya era mucha, no se equivocaron.

Alfredo es un mentecato de lo más superlativa mente estólido que puede concebir humana imaginacion. El hombre que hilvana tantas vaciedades como él prodiga cada vez que abre la boca; el hombre que hace tan nécio alarde de ser un calavera; el hombre que va á robar una jóven modesta, y no sabe, á pesar de sus relaciones amorosas, cómo se llama el padre de su amada: el que dándola de Tenorio, necesita llevarse á una muger, nada ménos que á tierra de Francia, como si la Guardia Civil no estuviera en el camino, y como si en España no se pudiera hacer lo que se hace en el extranjero; el que no cae en sacar á la niña de su casa poco ántes de salir el tren, para llevarla rectamente á la estacion y estar ya fuera de Madrid cuando se note la fuga; el que en lugar de esto la saca cinco horas antes de la salida, y la lleva á casa de un amigo á que espere sentada, mientras él guarda los calcetines en la maleta; el que la deja allí pataleando para no darle tiempo á comunicarle el parentesco que los une; el que la trae hasta casa de su amigo tan immaculada como ántes; el que, á solas con ella, contesta á sus apasionadas y provocativas frases con un *cursi* «niña mia» ó sandez análoga; el que la lleva intacta hasta el ferro-carril; y últimamente, el que se la entrega al primer aguador que se la pide, no es ni calavera, ni enamorado, ni decente; no es mas que un tonto de caprote, dotado pródigamente de una supina estolidez, émula de la de su primito Ramon. Su castidad, no es castidad: es que no pudo salir de España; necesitaba ir á Francia, lo cual no es estraño. Yo sé de uno que necesitaba fumarse un pitillo, y cuya suegra, sabedora del éxito, le suprimió la cena al suegro que no fumaba, y le dió en su lugar un puro de á cuarto.... pero basta de Alfredo.

Emilia es una niña completamente tonta, que hace perfecta pareja con su adorado tormenta. Despues de resistirse á seguirlo, pierde todo escrúpulo al reconocer la letra de su padre en la carta que Alfredo le presenta, como si no hubiera en el mundo dos letras que pudiesen confundirse, ni una que pudiera imitarse; satisfecha con este dato, no estraña la carencia de firma; no se le ocurre preguntarle á Alfredo por el nombre de su tio, para cerciorarse de si la carta es de su padre ó nó y luego se fuga con su amante; de modo que se atreve á esta nimiedad, pero no se propasa á confesarle el nombre de papá.

Además de esto, Cárlos, que debe ser el que se niega á que Alfredo entre en casa de Emilia, puesto que él es el padre de la novia, y el interesado, ignora sin embargo quién es el amante de su hija; cosa que debía saber, cuando ménos, por la vieja setentona que la guarda, y

Emilia, que en su inocencia cuenta todo lo que vé como si tuviera tres años y que se atreve á decirle á su padre con referencia á Alfredo:

Sin embargo... ahora que estamos  
solos y que él no meescucha  
á hacerte una confesion  
voy.....

CÁRL. Impaciente la espero.

EMIL. Pues bien, es.....

CÁRL. ¿Qué?

EMIL. Que le quiero.

con todo mi corazon.

CÁRL. ¡Oh!

EMIL. No apagó su demencia  
el amor que existe en mí!

Emilia que se atreve á manifestar á su padre lo que antecede, obligándole á refrenar tan irrespetuosas declaraciones con un

¡Repara, Emilia!.....

Emilia, repito, que habla á su padre con tanta candidez despues de la fuga, fué sin embargo maliciosa para no decirle ántes de ella, qué tenia un pretendiente, que le hacia cucamonas, que le mandaba cartitas y que se la queria llevar á Francia; ántes bien, contra su carácter, estuvo muy callada atisbando la hora de largarse, sin sospechar por cierto, que iba á encajarse entre los brazos del farruco, que fué como si desembarcara en un puerto de Galicia. Además, no le dice á Alfredo que siendo la carta de su padre, consintió éste, y esperando de un momento á otro, puesto que el dia anterior no habia ido á visitarla, era innecesaria la fuga; tampoco le dice á la vieja sentona que ya su padre, no sólo tolera sus amores, sino que le manda que se vaya con su novio, cosa que Emilia debia deciren este caso; tampoco declara á su amante por el camino (y no sé en qué se entretuvieron) que eran primos, parentesco que Alfredo debió comprender, al observar que el capirote de ella era tan grande como el de él; tampoco hace ni dice cosa que demuestre la más mínima dosis de meollo, sino que despues de muchas sandeces, se fuga porque una carta sin firma, en que se habla de ella, como si el que la escribió no fuera supadre, le dice que se fugue, lo cual ejecuta la niña sin pensar que aquello puede ser fingido, ni encomendarse á Dios ni al diablo, y concluyendo así la primera série de desatinos que comete.

En la segunda, hace y dice lo que una tonta vulgar al encontrarse con Enriqueta, y entre otras cosas exclama con tono hipócrita y anti-pático

¡Si estoy temblando, señora!

lo cual no diría si temblara de verdad. Quizás no podría encontrarse una frase que espresára mejor que esa la audacia y la hipocresía, y que estuviera más en discordancia con la verdadera turbación; pero sigo adelante. Emilia, que en un corto rato cobra tanto afecto á Enriqueta como á su mismo padre; que le confiesa todo lo ocurrido y sabe que ha hecho mal, apenas entra en el gabinete, cuando sin oír la voz de su padre ni el altercado tan insustancial que se establece fuera, lo cual es inverosímil; sin despedirse de aquella buena señora, que ya sabía todo, lo cual es descortés; sin darle gracias por haberla guiado, ni participarle que siguiendo su consejo, iba ya á casa de su padre, lo cual es increíble; Emilia sin hacer ni pensar nada de esto, se marcha con Alfredo, lo cual es criminal. Y reasumiendo: como el móvil de esta inverosimilitud y de este desagradecimiento y de esta descortesía y esta fuga, no es otra cosa que la torpeza, como sospecha ella misma:

que anduve torpe sospecho,  
resulta de aquí que, ó la niña es tonta de capirote, ó su segunda fuga es tan inverosímil como la primera.

Los dos hechos en que el autor las funda, á saber; el parecido de la letra y el consejo de Enriqueta de que váya con Alfredo al lado de su padre, que no era por cierto de donde Emilia se habia escapado, sino del lado de la vieja, son dos puerilidades insuficientes para que, dadas las circunstancias restantes, se fugue nadie que aún conserve dos adarques de seso. Por otra parte, Enriqueta es completamente insensata al decir á Emilia:

*usted* debe arrepentida  
exijirle que en seguida  
la lleve á *usted* con su padre.

¡Vaya! Pues esto es lo que querria cualquiera: meterla en una berlinita y llevarla con su papá, y aunque fuera con el demonio: precisamente en ese paseo es en donde está la gracia, y eso es lo que hubiera hecho Alfredo, á ser ménos cándido, en lugar de llevarla á la estacion para entregársela á un gallego, como si fuera un baul.

Pero vamos al protagonista. Cárlos, único personaje que resta, demuestra evidentemente, sin que el autor tuviera intencion de ello, que la necesidad es una enfermedad altamente contagiosa: y en efecto, calavera aunque algo exagerado y pueril en el primer acto, llega al final del segundo hecho un cursi sentimental, y concluye en el tercero con un ataque de tontera tan furioso como pudo padecerlo Alfredo, Emilia ó Ramon.

Cárlos, ni es esclavo de su culpa, ni mucho ménos: pero como el autor queria que lo fuese, olvidando á Ramon que tiene muchos más

méritos para llamarse así; como el autor queria á toda costa dejar esclavizado al protagonista en las mismas redes de su propia culpa, ha tocado para ello estos sencillos, delicados y naturales resortes: ha hecho que Cárlos aconsejando á Alfredo, no caiga en que es su misma hija la que se vá á robar, lo cual no es muy probable, y está tomado además de *Del Enemigo el consejo*; ha hecho que Enriqueta vaya á visitar á su amante, porque cree haber oido lo que no pasó, lo cual es tiempo perdido y demuestra además, ó que Ramon habló de eso con alguien, lo cual es como suyo, ó habió solo en voz alta, lo cual no se concibe: ha hecho que el marido, en lugar de alejarse de Cárlos para siempre, vaya á buscarlo para nada, lo cual es inútil, por lo ménos; ha hecho que Emilia crea que es aquella carta de su padre, y que esto le basta para fugarse, lo cual es sobrada ligereza: ha hecho que Alfredo se la lleve á casa de un amigo suyo y allí la deje sola, lo cual es muy desaprovechado: ha hecho que Enriqueta aconseje á Emilia un disparate que ejecuta ésta, dejándola con un palmo de narices y marchándose con Alfredo hácia los robustos brazos de Francisco, lo cual es celestial para el gallego; ha hecho que el pisaverde no le rompa la crisma al farruco, lo cual demostraria que el que vá por lana puede salir trasquilado, y ha hecho y no es poco hacer, que Ramon, sin derecho á ello, se oponga á la salida de la niña, lo cual es como de Ramon: y despues de tanto trabajo, y tanto drama y tanta fuga y tanto gallego si Cárlos hubiera sido otro, habria mandado á paseo á Ramon, con la naturalidad más sorprendente; habria llevado á su hija á casa de la marquesa del Solivar, y al volver de América se habria reunido bonitamente con ella sin ser esclavo, ni esas pamplinas, y dejando á Ramon con el rabo entre piernas y la boca abierta de par en par.

De modo, que despues de tanto llevar y tanto traer, y tanta inconsecuencia, y tanta arbitrariedad, no se ha conseguido, ni áun por medios inverosímiles, conducir al protagonista á una situacion en que se vea verdaderamente esclavizado por su culpa: estamos como al principio: todo ha sido insuficiente: mas como es preciso que se esclavice, el autor agrega nuevas arbitrariedades, inconsecuencias é inverosimilitudes; hace que Cárlos no ejecute lo que he dicho que es lo que haria cualquiera; hace que no vea el dolor que su eterna ausencia ha de producirle á su hija; hace que no considere ni sienta su propio pesar; hace que no comprenda que la accion de Ramon no tiene ni puede tener más móvil que la sandez, y el cariño de su esposa; hace que, creyéndose obligado á un agradecimiento que no tiene razon de ser, manifieste esta gratitud, renunciando al derecho de llevarse á Emilia; y por fin, logra hacerlo esclavo de su considerable necedad que es su única, verdadera é imperdonabilísima culpa.

Cárlos nada debia temer de Ramon, porque con contárselo todo, no podria conseguir que Emilia odiase á su padre; nada tenia que agradecerle, porque si su hija quedó pura, sólo fué por la inocencia de Alfredo; pero, aunque debiera temerle mucho ó profesarle mucho agradecimiento, ni él, ni ningun padre en su caso, se habria separado así de su hija para siempre. Sólo Cárlos, impulsado por el Sr. Cavestany, tiene valor y carece de cariño en grado suficiente para quedarse tan fresco, y hasta para tener humor de enjaretar este proyecto demoraleja, que no he podido entender: ]

¡Los que honrados habeis sido,  
nada temeis, es verdad!  
mas los que por la maldad  
sujetos hemos vivido,  
como nada nos disculpa,  
siempre de todo tememos,  
y algun dia... nos hacemos  
esclavos de nuestra culpa.

De modo que, como nada nos disculpa, tememos siempre de todo y nos hacemos algun dia esclavos de nuestra culpa; por lo tanto, si nos disculpára algo, nunca temeríamos de nada y no nos haríamos algun dia esclavos de nuestra culpa; y eso ¿qué significa? Lástima es que, despues de todo, la moraleja sea incomprensible.

Por cierto que el autor ha dicho *El esclavo de su culpa*, como pudo decir *El fandango* ó *Historia de don Crispin*. *Esclavo* segun el diccionario de la lengua es el individuo de la especie humana que está bajo el dominio de otro á quien le fué vendido ó entregado y carece de libertad para todo, obrando siempre hasta en las cosas mínimas por el capricho ó voluntad ajena:» *esclavo* es «el desdichado y miserable siervo de un señor,» y como segun esta definicion, Cárlos no es esclavo, y como, aunque lo fuera, no lo sería de su culpa, como he demostrado ya, resulta que el autor puso este nombre á su drama como pudo poner *Vivir muriendo*, *Mr. Alphonse*, *Del enemigo el consejo*, ú otro título cualquiera. Si en lugar de *El esclavo de su culpa* se hubiera dicho *La victima de su estolidez*, habria habido más verdad y no se hubiera dado lugar al escándalo de que el inspirado autor de *Las Ermitas de Córdoba*, (1) no fuera castizo siquiera en el nombre de su drama, y al de que se aplaudiera una obra que, por ser falsa, lo es hasta en el título.

Sería necesario recitarla entera para dar un conocimiento exacto de cada uno de los personajes: pero creo sobra con lo expuesto y es innecesario lo mucho que podria aducir para demostrar que no hay uno si

---

(1) No nos referimos al Sr. Fernandez Grilo, sino al Sr. Cavestany.

quiera que raciocine y que, con grandeza de alma ó elevacion de sentimientos, pueda enseñar algo á la sociedad que lo escucha y á quien se dirige.

Cárlos es un infeliz.

Enriqueta, una lagarta dudosa.

Alfredo un tontaina.

Emilia, en lugar de inocente, es salvaje; en vez de desconocer el mal, lo que desconoce es el pudor.

Ramon es un sándio y, segun mi cuenta, un niño mucho más jóven que su muger. Demostracion:

CÁRL. Pero hablando de otra cosa  
¿Conque Ramon se ha casado?

ALFR. Sí, ya hace un año que ha entrado  
en el gremio.

Y más adelante, dice:

ALFR. Al *verla discreta y bella*,  
afirman que Ramon de ella  
se enamoró como un loco.  
Pidió á su padre su mano,  
y como buen caballero,  
quiso contarle primero  
aquella historia el anciano.  
Ramon con pena la oyó;  
*mas como con su alma toda*  
la amaba, de aquella boda  
por eso no desistió.  
En aquel tiempo, quince años  
ó muy poco más tendria.

Ultimamente, Ramon, refiriéndose á la época del desliz, dice:

¿Cuánto hace que eso pasó?

CÁRL. Hace ya diez y seis años.

RAM. Eh! Como diez y seis.....,

CÁRL. Sí.

RAM. Muy jóven ella seria!

CÁRL. Quince años solo tenia.

Resulta claramente que Enriqueta tiene 31 años, Ramon 15 cuando la pidió, y uno de casado, que son 16; edad más propia de papalina que de bigote.

Despues de obtener este resultado; despues de averiguar que los personajes del drama son una cotorróna lagarta, casada con un niño sándio, prima de un mentecato, amante de un infeliz y madre de una bobalicona, no se puede ménos de bendecir á toda la familia.

¿Qué puede salir de ella? ¿Qué harán entre todos? Lo que hacen: muchas sandeces, y tanto es así, que en dándole á cada uno medio adarme siquiera de sentido comun, se concluye el drama: entonces, Cárlos no se separa de su hija; Ramon no piensa en prohibirla; ella no se vá por segunda vez; Alfredo no la llevará á casa de nadie; Emilia no se escapará por vez primera; Enriqueta no irá á casa de su antiguo amante; Ramon no tendrá celos estúpidos; tanto él como Cárlos, huirán mútuamente uno de otro, al comprender el abismo que los separa, y el drama habria quedado en proyecto, lo cual habria sido bastante más acertado.

Dados tales personajes, cabe todo: pueden opinar como mejor les plazca, y hay que tolerarlos; á un tonto, ¿quién le vá á pedir cuentas de que por la mañana piense así y por la noche asado? Seria tiempo perdido: no hay más que dejarlos; no hay caracteres; se acabó todo.

Despues de haber llegado á esta verdadera disolucion no debiera proseguir mi exámen, porque si los caracteres y las pasiones constituyen el drama, y en *El Esclavo de su culpa* son nécios los personajes, y puedo decir que lo son porque lo he probado así y nadie me ha demostrado lo contrario; si son nécios, repito, el drama tiene ya mucho adelantado para ser una simpleza, y por tanto escusado es continuar este exámen, del cual solo pueden obtenerse enfadosas impertinencias y puerilidades enojosas. Hastiado de esta investigacion, tal sería la conducta que gustoso siguiera, si la voz pública y, lo que es más, la que se llama crítica imparcial é ilustrada no aplaudiese semejante engendro intentando convencer de que en él existen bellezas de primer órden, elevacion de sentimientos y de ideas, y hasta la manifestacion nada ménos que de un génio.

Mucho me he desencantado desde que yendo dispuesto á aplaudir salí del teatro por no silbar; mucho me he desilusionado no habiendo visto aún ni un solo artículo en que sin afirmaciones dogmáticas, sino con demostracion inmediata se pruebe el mérito de la obra; mucho ha crecido mi desencanto al leerla por mí mismo y formar de sus personajes el juicio que acabo de emitir; mucho ha aumentado mi desilusion de la obra, de los juicios críticos y de la amistad, al ver cómo silban por la espalda algunos que aplauden de frente: muchísimo, con antecedentes tales, espero desencantarme si continúo el estudio que aquí debiera terminar, pero como se habla de tantas bellezas y tanto se enaltecen y se pregonan, quiero proseguir este exámen, aunque juzgo imposible encontrar las perlas.

Más adelante me ocuparé de la intencion moral de la obra y de sus situaciones, limitándome por ahora, á estudiar, aunque sea muy superficialmente, el diálogo y su versificacion.

Aleluyas, plágios, ripios descomunales y, cuando más, finales de redondillas: á eso se reduce todo lo que hallo, porque el Sr. Cavestany, que como dice oportunamente un crítico, solo escribe finales de actos que prepara como puede, tambien escribe no más que finales de redondillas que nacen por la fuerza del consonante. Su empeño no parece ser otro que deslumbrarnos con la inestimable preciosidad que vá á decir en los dos últimos versos, cuidándose poco ó nada de lo que dicen los dos primeros; y para seguir demostrando cuanto digo y huir de toda apariencia de arbitrariedad en mis afirmaciones pondré algunos ejemplos:

Ejemplos de aleluyas:

Aquí mi padre vendrá  
y todo se acabará.

Yo sin poderlo impedir  
tengo á América que ir.

y como estas, muchas que encontrará quien las buscare. Pero paso á otra cosa.

Gracias: mas preveo  
*que aunque es lijera tu cruz*  
vas siendo tan andaluz  
como el que nos vió en paseo.

El autor queria decir, y está muy en su lugar, los dos últimos versos; para esto no tuvo más trabajo que consonar *cruz* con *andaluz* y *preveo* con *paseo* cuidándose muy poco, ya arreglado el sonsoniche, de lo que pudiera significar el segundo verso. Por mi parte ignoro lo que quiera decir, y solo veo en esto un ejemplo de las redondillas sin cabeza que antes dije. Prosigo:

pero al fin llegará un dia  
en que su crimen comprenda  
y causarán su tormento  
*esos lazos que hoy le oprimen*  
¡que allí donde acaba el crimen  
empieza el remordimiento!

Se podrá saber qué lazos y qué opresiones son esas?

*Nada tu amor calmará  
de tus faltas en tributo;*  
ella, de tu crimen fruto  
tu crimen maldecirá.

¿Qué significan los dos primeros versos? y si acaso significan algo, ¿tienen relacion con los segundos?

*No habrá pesar que taladre*

*nuestros dulces embelesos.....*  
¡yo te daré aquellos besos  
que nunca te dió tu madre!  
Estos taladros parecen cosa de carpintería:  
*y al fin me confesarás*  
*que á la verdad no hago agravios;*  
¡podrán mentirme tus lábios.....  
pero tus ojos, jamás!

*¡Aunque haga á mi dicha agravios*  
*no te lo puedo explicar:*  
que pierde mucho al pasar  
del corazon á los lábios!

Además del enigmático concepto que encierran los dos versos primeros, hay en los dos últimos un plágio evidente que han señalado ya muchos de los criticos que se han ocupado de *El Esclavo de su culpa*.

*Este amor puro que hoy labra*  
*de mi ventura el esceso,*  
¡puede encerrarse en un beso  
más nunca en una palabra!

Continúo:

*¡Justo es que tu voz me arguya*  
*en mi delirio sin calma!*  
¡era muy pequeña mi alma  
para comprender la tuya!

Obsérvese cómo esta série de frases incoherentes y enigmáticas, vá siempre seguida de los versos más adornados de interjecciones y en los cuales cree el autor, sin duda, hay arranques más patéticos y pensamientos mas grandes.

*Yo no sé si esto es quebranto*  
*ó es de mi placer divisa!*  
si es placer ¿por qué mi risa  
se convierte luego en llanto?

ALFR. Es mi pasion *tan sincera*  
que aunque amarte *más quisiera*  
amarte *más no podría*.

EMIL. ¿De veras, Alfredo!

ALFR. ¡Enojos  
me dá tu pregunta *loca!*  
¿no te lo dijo mi boca?  
¿no lo leiste en mis ojos?

De modo que como es tan sincera no puede aumentarse: esta consecuencia me recuerda por su lógica aquello de

En la puerta del cielo

venden tomates:

San Pedro que lo supo

compró unas gafas.

y además ¿por qué es *loca* la pregunta de Emilia? Y el otro lila ¿por qué se enoja?

¡Oh..... y estos son esos séres

*esclavos* de sus placeres

que admite la sociedad,

que á los buenos desampara,

y á estos infames venera,

*cuando su piedad debiera*

*escupirles á la cara.*

¡Dale con la esclavitud! pero ¿qué significa todo eso tan largo? ¿qué resultaría si se analizara esa piedad y esa escupitina?

tu eterno remordimiento

será el juez de tu conciencia!

¡Ya verás cómo *eso* vence

tu altivez y tu energía

cuando al cabo llegue el día

en que de tí se avergüence!

Se avergüence quién? ¿eso? ¿y eso vá á vencer su *allivez* y su *energía*? y ¿qué tiene que ver *eso* con esto?

y un loco en nada repara

*no piensa en su mal, le siente,*

y al que le hiere inclemente

grava la infamia en su cara.

lo cual por cierto indica más bien mucha cordura: lo de no pensar en su mal y sentirlo y todo eso, sí que parece cosa de loco..... si es que Ramon podía volverse loco. Dicen que los tontos.....

*¡Mas me exalto!* (transición) ¡qué locura!

*¡mi falta humilde confieso!*

usted ya..... que entiende de eso?

¿qué sabe usted de amargura

si jamás *en su inquietud*

*sintió su dardo traidor.....!*

afortunadamente: porque si además de la visita de Enriqueta se le hubiera clavado á Carlos el dardo en la inquietud..... creo que este órgano habria perdido su movilidad. Respecto á lo de advertir el autor que ha Y transición, y el actor que está exaltado, me parece una mejora, por

más que está plagiado de aquel artista que despues de pintar un marmarracho puso debajo un letrero advirtiendolo que era un gallo.

Ese amor que *no dá calma*  
*en su eterno desvarío,*  
que esclaviza el albedrío  
y que purifica el alma;

siempre ripio sobre ripio: pero rípios descomunales, cosa no vista hasta ahora.

Cuando Enriqueta dice á Cárlos que su hija está en su casa y lo llama «infame» porque ha aconsejado la seducción de su propia hija, cuando le dice:

¡Aunque le aflija  
mi mente en su afán no cesa!  
¡No es padre quien aconseja  
la seducción de su hija!

Contesta Cárlos:

¡Sombras encuentra mi mente  
por donde quiera que miro.  
*¿Es ilusión del deseo?*  
¿Qué otra cosa puede ser?  
¡Si no lo quiero creer!  
¡Si lo miro y no lo creo!

Cualquiera puede adivinar lo que todo eso significa. ¿Qué deseo es el que le causa esa ilusión? ¿el de ver á su hija seducida? Eso es lo que lógicamente se deduce.

Para dar una muestra de la naturalidad del diálogo, de lo oportuna que es cada frase respecto al personaje y á la situación y se admire además la sencillez del enredo, voy á transcribir algunos renglones.

Dice Alfredo:

que tus miradas hermosas  
vida me dan con su encanto;

y contesta Emilia:

¡Ay..... sigue! ¡me gusta tanto  
que me digas esas cosas!

Ese progresista *sigue* y ese ¡ay! tan prolongado y esa frase entera es demasiado vulgar y sienta muy bien, y quizás se oiga con frecuencia en los labios de una meretriz, pero nunca en los de una señorita: la inocencia es una cosa, y el salvajismo sin freno y sin educación, juguete de sus pasiones, es otra cosa. Afortunadamente, Alfredo en lugar de concluir la escena como piden las palabras de su amada, y pide su carácter, y pide su rapto, y pide la ocasión y pide la sangre al que la tiene, la termina de este otro modo tan natural y tan admirable.



- EMIL. ¿Tú sabes que eres mi primo?  
ALFR. ¿Tu primo? ¡cá..... mucho más!  
EMIL. ¡De veras!  
ALFR. ¡Yo primo tuyo!  
EMIL. ¡Así la carta lo explica!  
ALFR. (¿De qué sacará esta chica  
que yo soy pariente suyo?)  
¡Conque adios!  
EMIL. Pero si es  
que también decirte quiero....  
ALFR. ¡Ahora no!  
EMIL. Pero....  
ALFR. Prefiero  
que me lo digas despues.  
EMIL. ¡Es que si yo decidida  
he accedido á tus extremos  
es porque... ..  
ALFR. ¡Bien, ya hablaremos!  
EMIL. ¡Pero oye.....!  
ALFR. Vuelvo en seguida.  
(Váse por el foro.)

Es notable la galantería tan esquisita con que Alfredo atiende á la niña que ha robado, la naturalidad de su desinterés por conocer el parentesco y, en una palabra, la verdad que bajo todos conceptos se descubre en esta escena. De este modo se preparan las situaciones de que más adelante hablaré. ¿Quiere oír el lector siquiera un trozo, de la escena en que se empieza á preparar la anterior? Así verán qué perfectamente están sostenidos y realizados los caracteres en este notabilísimo diálogo. Alfredo pide á Carlos un medio de seducir á la niña:

- Vamos, hombre, por favor.  
CÁRL. Tú eres quien debes pensar.  
ALFR. Pero si tú has de encontrar  
un medio mucho mejor.  
¿Por qué no atiendes mi ruego?  
CÁRL. Ya que te empeñas así  
lo pensaré, *pero á mí  
no me echas la culpa luego.*  
ALFR. *No temas.*  
CÁRL. Yo no debía  
mezclarme, mas.....  
ALFR. ¡Triunfaré!  
CÁRL. A esa niña arrancaré

- de las garras de su tia.
- ALFR. Bien dicho.
- CÁRL. Conseguirás  
lo que tu pecho desea.
- ALFR. ¡Bravo!
- CÁRL. Me ocurre una idea.
- ALFR. ¿Cuál es? Sepamos.
- CÁRL. Verás.
- ALFR. Dí.
- CÁRL. Burla la vigilancia  
de esa vieja tia.
- ALFR. Y bien  
¿qué?
- CÁRL. La metes en el tren  
y te vas con ella á Francia.
- ALFR. ¿Eh?
- CÁRL. ¿No te ama?
- ALFR. Sí.
- CÁRL. Coriente  
pues de su cariño en nombre  
se lo suplicas.
- ALFR. Pero, hombre.....  
¡Si ella es lo más inocente!  
de serlo ha dado mil pruebas,  
no son estudiadas mañas.
- CÁRL. Entonces, chico, la engañas  
y engañada te la llevas.
- ALFR. ¿Cómo?
- CÁRL. Inventas una historia  
cualquiera, urdida hábilmente,  
ella la cree, consiente,  
y aquí paz y despues gloria.

Suprimiendo todo este trozo de perogrulladas y simplezas nada perdería el diálogo y mucho ganaría el concepto que del talento de Carlos formaría el público, pues verdaderamente los tales consejos los dá cualquiera sin que tenga que pensar mucho: no sé como Alfredo no cayó en que para llevarse á una muger, lo único que hay que hacer es llevársela.

Muchos versos podria recitar, haciendo ver que ciertos consonantes se corresponden siempre con la misma palabra, é innumerables atentados contra el idioma podria señalar; pero no lo hago así porque la imparcialidad que me dirige, me obliga á declarar son casi perdonables

estas faltas y sería censurable yo si las censurara: no son bellezas, pero sí defectos tan veniales en este caso que, á mi modo de ver, ni destruyen las perfecciones que podría tener la obra, ni aumentan los defectos de que está plagada. Así pues, desentendiéndome por completo de todo esto y siguiendo el desacostumbrado orden que ya indiqué, paso á ocuparme de la intencion moral de la obra y de las situaciones que en ella se suceden.

Ante todo, debo decir que si acaso hay en ella algo verosímil, es que una muger de antecedentes no muy limpios se case con un jóven casi niño, de carácter sufrido y bonachon: esto es tan exacto, cuanto que solo un hombre de esas condiciones puede aceptar la cruz de semejante matrimonio y sobrellevarla con tanto heroismo como lo hace Ramon. Pero fuera de esto que, ni moral, ni filosóficamente considerado tiene gran mérito, porque no basta enseñar la verdad sino que es necesario mostrarla de modo que sirva de provechosa enseñanza y nó de mal ejemplo; fuera de esto, repito, nada hay en el drama que por su verosimilitud merezca los honores de una crítica séria y detenida. Mas como á veces una buena enseñanza puede nacer de una aberracion, y de una situacion falsa se puede deducir un pensamiento profundo, quiero concederle verosimilitud á lo restante del argumento, deseoso de recoger la moral que de su trama se desprenda.

El Sr. Cavestany ha querido demostrar, sin duda alguna, entre otras cosas, que la inocencia puede marchitarse y perder su irreparable mérito cuando, falta de apoyo y de guia é impulsada por los más puros sentimientos hácia un ideal que se siente y no se conoce, cae, como flor en pantano cenagoso, en las odiosas redes que le tiende ese despreciable tipo que, sin comprender con su escasa inteligencia todo el daño que hace, malversa sentimientos que no merece abrigar, y deposita el veneno de la seducción y el desengaño en el incauto corazon que le dedicó su amor y sus latidos. Dotando á Alfredo de las verdaderas condiciones que distinguen á ese pisaverde, tenorio ó calavera que tanto abunda, sobre todo en las clases acomodadas de nuestra sociedad; pintándolo tan ruin y repulsivo como sin duda alguna aparece ante todo hombre de buen corazon y de buen sentido; dejando ver así al público cuánto desprecio merece ese sér indigno, cuya desaparicion debe procurar, y haciendo que por medios verosímiles arranque Alfredo á Emilia de su retiro y la conduzca, nó medrosamente al ferro-carril, sino á las consecuencias todas de la seducción más iníqua; pintando así, pudo el Sr. Cavestany hacer un buen retrato y una buena critica en Alfredo, y pudo mostrar á la inocencia riesgos de que debe huir, como de inmundo cenagal donde se mancha y se corrompe su pureza.

Pero el autor no ha procedido así; con intencion ó sin ella, ha creado

personajes enteramente exhaustos de la facultad de discurrir, y esto ha sido causa de que la accion se deslice sobre inverosimilitudes, y de que se esfuerza el desingnio del escritor que con tales caractéres, léjos de llegar á la conclusion deseada, nos conduce á la contraria, haciéndonos ver en resúmen, que los calaveras como Alfredo casi son convenientes, puesto que llevan á sus víctimas, como si fuesen sus ayos, á dar un higiénico paseo.

Aquella Emilia, verdaderamente inculta y en quien se confunde la inocencia con la impudicia, tampoco es un carácter que puede servir de modelo á nuestra sociedad bajo concepto alguno, y ménos cuando oye á su padre lamentar la soledad en que vivirá en América, y en lugar de oponerse á esta separacion y querer marchar con él, se contenta con decirle friamente:

Es fuerza que pronto acabe  
esa ausencia.

Respecto á Ramon, creo haberlo dicho todo: es sin duda alguna un hombre bueno, cuya conducta es digna de elogio y meritoria; pero un hombre como él, que casi por carácter, casi por fatalismo y necesidad, se conduce de aquel modo, no demuestra ni un gran corazon, ni un gran talento, ni puede presentarse ante la sociedad del siglo XIX como modelo que imitar. Para esta sociedad, sin duda alguna incrédula y corrompida, es necesario crear un tipo cuyas decisiones, luchando con móviles que no siente Ramon, vayan apoyadas en profundos pensamientos nacidos del choque del egoismo y la virtud. Ramon se casa con Enriqueta porque estaba muy enamorado de ella, pero sólo por eso, y sin meditar si era posible la rehabilitacion de una muger por el amor y el arrepentimiento, por el matrimonio que santifica y la prole que absorbe todo el corazon de los padres.

Lo primero de que hay que dotar á ciertos caractéres es, sin duda alguna, de talento: sin él, excusado será todo el empeño del autor en ilustrar á un público que vé por debajo de sí al personage que pretende aleccionarlo.

Y si esto es necesario siempre y en tésis general, lo es infinitamente más cuando se trata de un drama ó de un argumento que aspira á ser trascendental; cuando éste se representa ante una sociedad que en verdad, y aplaudo el móvil del Sr. Cavestany, necesita sobradamente de tales lecciones, y cuando esta representacion tiene lugar en una época en que, dando valor á lo que verdaderamente es meritorio, sólo se aprecia el talento y no hay, para honra del siglo, distincion, gerarquía ni aristocracia que supere, que se iguale, que se compare con la del talento.

Ramon separa á Emilia para siempre del lado de su padre y, al ha-

cer esto, ni él ni Enriqueta consideran que para Emilia será un castigo injusto y cruel, privarla así de un ser cuyo recuerdo en cualquier caso, y más tratándose de una niña sensible, está impreso profundamente en el fondo del corazón. Todo esto es monstruoso. Entre Emilia y Enriqueta no podía haber en manera alguna, á pesar de eso que se llama la fuerza de la sangre y que tanto se exagera, el amor que mutuamente debía existir entre Carlos y su hija. Privar á éste de su único cariño es un despojo que arbitrariamente comete el autor, porque así es necesario para que la obra corresponda á un título, sin duda alguna, concebido de antemano.

Carlos, siendo tan calavera como se dice, debió comprender á primera vista toda la sublime necesidad de Alfredo; y por una parte como calavera y por otra como conocedor de las cualidades de su compañero, nunca debió creer que éste llegara á seducir con las simplezas que hacia á muger ninguna. Para Carlos, no debía ser todo aquello más que una diversion disfrutada á costa de un mentecato, y muy propia, por lo demás, de su carácter y de sus antecedentes.

En este mismo concepto dice:

Pobre chico! que aturdido!  
no conseguirá *tal vez*  
lo que busca, pero al ménos  
yo me divierto con él.

En estos versos hay una ráfaga ligera de verosimilitud, pero ese *tal vez* y la conducta de Carlos la destruyen inmediatamente, para ocultar una verdad con una inverosimilitud. Carlos pudo proponerse divertirse con Alfredo, pero no pudo creer posible seducción semejante. Y si la creyó, ¿cómo se presta á ella sin más interés ni más resultado que hacer el mal por el gusto de hacer el mal? Y si se prestó, ¿cómo no indagó ántes de quién se trataba? Tratándose de su hija.... inverosímil.

Carlos no pudo figurarse que la consecuencia de haber dado una broma á Alfredo fuese la fuga de su hija; y si tal consecuencia resultara en *El Esclavo de su culpa*, y resultara lógicamente, la moral consiguiente sería que no deben darse bromas; mas como esta fuga se origina ilógicamente y sólo proviene de la excesiva ligereza de la impresionable Emilia, resulta entónces que tal consecuencia es ilegítima; que Carlos no pudo figurársela, ni nadie del mundo, y que, por tanto, es irresponsable de semejante fuga. Su culpa, pues, se reduce á haber seducido á Enriqueta, y en esta falta es indudable que cabe á ella una inmensa parte, de que nada bastará á eximirla.

Ahora bien, el Sr. Cavestany sabe que hay motivos verdaderamente tales, fundados en nuestra propia naturaleza y atendidos justamente

por las leyes, en cuya virtud, la falta en cuestion es incomparablemente más perdonable en el hombre que en la muger: y sin embargo, desatendiendo estas razones, nos dá en su obra el monstruoso ejemplo de que entre dos cómplices, con igual culpa sin duda, el uno sea víctima de ella y el otro obtenga en cambio el premio de poseer á su hija constantemente junto á sí.

¿Qué méritos tenía Enriqueta para conseguir tanto bien? ¿Haber ocultado á su marido su indigna falta? Esto, sobre ser absurdo, sobre estar en contradiccion con la justicia y el órden natural, es tambien lo que acaba de echar por tierra el asendereado argumento; porque si el Sr. Cavestany nos muestra á Cárlos para que no cometamos ciertas culpas, ¿no nos muestra tambien á Enriqueta que por igual delito obtiene, en vez de castigo, todo género de felicidades? Afortunadamente ambas soluciones, y ambos personajes, son, como ya he demostrado, inverosímiles y absurdos.

Pero supongamos que no lo son; supongamos que el plan de la obra, perfectamente desenvuelto entre caractéres y situaciones reales ó posibles, conduce lógicamente á la moral que pretende inculcar el autor, y que Cárlos llega á ser verdadera víctima ó esclavo de su propia culpa: ¿acaso el temor al castigo, acaso el miedo y la consideracion de que puede caer sobre nosotros el daño que dirigimos contra los demás; acaso el temor de que lleguemos á ser presos en nuestras mismas redes ó esclavizados por nuestras propias culpas, debe ser el fundamento de nuestra virtud y el móvil de nuestras buenas acciones? ¿Es esto lo que ha querido demostrar el Sr. Cavestany, proscribiendo así el desinterés de la abnegacion y ensalzando el más despreciable de los egoismos? Pues si es así, es harto mezquina la moral del Sr. Cavestany.

¿A qué se debe entonces el éxito, sin duda alguna lisongero, que ha obtenido *El esclavo de su culpa*?

A dos cosas principales: la temprana edad en que ha puesto en escena su produccion el autor y á las situaciones especiales de la obra, única cosa que aún me resta examinar.

En todos los actos y en casi todas las escenas del drama en cuestion, hay un choque de afectos entre los personajes y un interés tan vivo para el espectador poco ilustrado, que involuntariamente se vé este bajo la influencia del entusiasmo, aplaudiendo un episodio que, aunque notable y verosímil en la apariencia, no tiene sin embargo en la mayoría de casos más fondo que el del absurdo. Y no paso á demostrar esta afirmacion, porque sobrado probada está y harto sólida base le presentan todos los argumentos anteriormente aducidos, que no quiero multiplicar y que hacen evidente la série de absurdas in-

verosimilitudes en que toda la accion descansa, ó por mejor decir, á que toda la accion *se agarra*.

Quien asista á la representacion de *El esclavo de su culpa*, desprovisto de toda parcialidad, é ignorante del argumento y del nombre y de la edad del autor, no dejará de atribuir á este catorce ó quince años desde el momento en que llegue á su mediacion la tercera escena del acto segundo. Léjos de sentir entusiasmo sólo experimentará la risa que otros han sentido. Solo este puede ser el efecto engendrado, en un desapasionado juicioso, por las muchas escenas que pueden reunirse á la citada.

Pero el público se halla formado, en su inmensa mayoría, por los que van de reata; en su minoría por los apasionados y amigos, y solo en alguna que otra rarísima escepcion por quien no sea ni de reata este, ni amigo, ni enemigo: así es que el imparcial juicioso, diga ó no diga su opinion, está siempre relegado á la insignificante y simple categoria de escepcion que nada vale dentro de la regla general.

Así se forman reputaciones y se hacen literatos, hombres que tendrían un doloroso desengaño si oyeran á los que les elogian decir los motivos de su predileccion. Entonces comprenderian que ó estos no eran muy desinteresados, ó que no los habian entendido y acaso habian tomado lo malo por lo bueno y vice-versa.

Muchos desengaños podrian experimentar todos los que con pretensiones de poetas distan mucho sin embargo de los dos únicos que tiene hoy España.

Y dejando este punto amplio y muy trascendental y reservado á plumas que digan las verdades que yo sé, con mejores frases y ménos desaliño, vuelvo al campo de donde me habia un momento estralimitado.

El éxito alcanzado por la obra del Sr. Cavestany es debido, pues, á una série de escenas de verdadero relumbron, admiradas y aplaudidas por masas inconcientes ó jueces apasionados, pero rechazadas como absurdas por los que solo desean el enaltecimiento de la verdad, de la moral, del teatro español y del Sr. Cavestany.

A través de todo esto resalta un hecho que la crítica imparcial debe proclamar muy alto, y es la facilidad con que el autor sabe dar sabor dramático á las situaciones, secreto que sin duda alguna es la clave del interés y del éxito en toda obra trágica.

Se ostentan aquí, pues, las felices disposiciones del jóven autor, pero al mismo tiempo se nota la falsedad de la situacion; su inverosimilitud y, en una palabra, la ausencia de conocimientos y la inesperienza siempre atrevida que le ha llevado á querer dar al público una leccion de aquello que tan perfectaente demuestra desconocer.

Si el Sr. Cavestany hubiese tenido otros guías y otros consejos, hubiese sido un buen autor dramático sin duda alguna: mal aconsejado quizás, ha preferido darle un triunfo á su edad á dárselo á su talento, y en esto ha cometido una falta de que él es tan solo el responsable y la víctima.

Hacer un drama, no es concebir una situación, y obligar á los personajes á que forzosamente lleguen á ella: es menester que esa situación brote naturalmente como resultado lógico de los caracteres y de las pasiones.

Crée el poeta grandes caracteres: concédales grandes pasiones, y hecho esto, la acción brotará espontáneamente y se deslizará lógicamente sin inverosimilitud ni esfuerzo. Lo que, como en *El esclavo de su culpa*, resulta de los desaciertos del uno y las inconveniencias del otro, no es drama ni interesa más de lo que puede interesar el dolor de Lumpiaque al caer de la rama en que estaba subido y que cortó por entre su cuerpo y el tronco.

Grandes caracteres son los únicos que pueden engendrar magníficas situaciones y obras inmortales: solo ellos revelan el génio del poeta, que por ser su creador vale más que ellos: solo el génio de Shakespeare pudo crear á Hamlet: Byron á Manfredo, Goethe á Fausto, Cervantes á D. Quijote.

En resúmen, y para concluir, *El esclavo de su culpa* dista mucho de ser una buena obra.

Respecto al Sr. Cavestany, si estudiara más y escribiera ménos, acaso llegaría á ser un génio: hasta aquí no lo es, y en verdad que lo deploro amargamente porque como buen español quisiera poblar mi patria de grandes hombres.

Acaso, caro amigo, habrás tachado de monótono y machacon este trabajo, y sin duda alguna te asiste para ello verdadera razón: pero cuando se trata de un autor generalmente aplaudido, censurado con severidad por quien es ageno á la literatura y solo habla como pudiera hacerlo un espectador cualquiera, cuyo juicio tiene en contra el de eminentes literatos y el del público en general, forzoso es que la voz desautorizada se eleve con insistencia entre sus contradictores para hacer llegar á sus oídos los fundamentos de su opinión.

Perdona, pues, caro lector, y confía en que seré más lacónico en adelante.

J. LASSO DE LA VEGA.

---

## GRANDEZAS HUMANAS.

---

Terminado mi prolijo exámen de *El Esclavo de su Culpa* paso á hablar de *Grandezas humanas*, lo cual haré más á la ligera porque ya no se trata de restituir las cosas á su verdadero lugar demostrando la injusticia del éxito alcanzado, sino simplemente de apoyar el juicio que tanto el público como los escritores imparciales y más ilustrados han emitido respecto á la obra de que hablo.

Siendo tan sobradamente como es conocido su argumento, no paso á referirlo, y me limitaré tan sólo á señalar algunos de sus puntos más culminantes.

En ella se revela la inesperienza natural del Sr. Cavestany que le conduce á concebir un argumento inverosímil, basado en un pensamiento vulgar, y desenvuelto del modo más embrollado que puede imaginarse; y digo la *inexperiencia natural del Sr. Cavestany* porque ya á su edad, acaso no tan corta como se cree, es posible tener más conocimiento del mundo, máxime cuando se tiene tan grande en otras cosas, y es obligación del que se dirige al público saber que sólo las personas espertas están autorizadas para hacerlo.

El pensamiento que preside la obra, sobre ser vulgar en exceso tiene el grave inconveniente de parecerse demasiado á *Consuelo* de Ayala, con la diferencia de que éste ha sabido hacer de él una buena obra, mientras que el Sr. Cavestany ha hecho un engendro. Y es tanto más grave ésta acusacion, debiera evitarla el autor con tanto mayor empeño que otro cualquiera, cuanto que ha sido denunciado como plagiario tantas

veces como obras ha producido, sin que se haya dejado de evidenciar el plagio, y sin que voz humana se haya levantado á contradecirlo.

Para los que conocemos el argumento de *Vivir muriendo*, no es *El esclavo de su culpa* más que una copia infeliz en unos puntos, feliz en otros, de la obra citada. Para los que hemos leído la composición á las Ermitas de Córdoba de Fernandez Grilo, y el artículo de Lustonó publicado en *El Globo*, no son Las Ermitas de Córdoba del Sr. Cavestany más que un plagio evidente. Para los que hemos leído la composición «Herrera» del Sr. Sanchez Arjona y el artículo de Rodriguez Marin, publicado recientemente en LA ENCICLOPEDIA, no es la poesía del señor Cavestany llamada «Rioja» más que un plagio servil desde el primer renglon hasta el último. Y para quien ha visto á un autor plagiar así, no puede ser tal autor más que *un autor de plagios*. He aquí por qué el Sr. Cavestany debió cuidar de que no se pareciese tanto el pensamiento en que se funda su comedia al pensamiento en que se funda *Consuelo* y de que no tuviera con ella otros parecidos además que ya ha señalado *La Gaceta comercial fabril y agrícola* de Sevilla. Así resulta que nadie, al menos que yo sepa, disfruta hoy en España de una fama de plagiarío tan justificada como la del Sr. Cavestany.

Respecto á los personajes de la obra no diré más sino que son parientes de los de *El esclavo de su culpa*. D. Javier podia suprimirse; D. Ricardo debia desaparecer; D. Cándido no hace falta; Enrique está de más, y si se omitiera todo cuanto habla Adela tampoco se echaría de menos.

Respecto á los que quedan hay mucho que decir: el Marqués es un tipo monstruoso que no existe en la sociedad. Casa á su hija, sacrifica á su hija para obtener 30,000 duros con que pagar la deuda contraida; así lo dice muy claramente á su muger cuando ésta le ruega que desista de semejante matrimonio.

ADELA. Por Dios.....

MARQUÉS. Vas á impacientarme!

No sabes mi situacion?

Nuestra fortuna.....

ADELA. Ya sé

Mas qué importa la riqueza?

MARQUÉS. No es tan sólo la pobreza

La que me espanta.

ADELA. Pues qué?

MARQUÉS. Es que por disimular

Y encubrir nuestros apuros

Debemos treinta mil duros

Que no podemos pagar.

Es él (Ricardo) *nuestra* salvacion  
En circunstancias tan graves,  
Y *ahora que la causa sabes*  
Dí si rechazo esa union.

Es clara y palmaria la monstruosidad de que el Marqués casa á su hija, como dice él mismo muy esplicitamente, por adquirir treinta mil duros, y no porque creyese que en el dinero se funda la felicidad. Si el Marqués pensara así, no se le podria acusar de haber querido sacrificar á su hija.

Por eso es de estrañar que despues de haber revelado por fin á su muger el móvil de su accion, la verdadera *causa* de ella, esclame con tono compungido:

Dice bien! Yo me engañé!  
Qué afan tan extraño sientol  
Qué es ésto? remordimiento?  
Remordimiento..... por qué!  
Yo busqué con ansiedad  
La ventura de María!  
Si en la riqueza veía  
La mayor felicidad,  
Que culpen á mi ambicion,  
Yo lo conozco el primero,  
No digan que no la quiero  
Con todo mi corazon!

Como se vé, el Marqués es un embustero.

María, cándida niña que, cosa desusada en estos tiempos, se casa con un hombre á quien no ama, burlando á otro que adora, es ya sólo por ésto un carácter no muy verdadero; pero apenas casada, desmiente éste carácter, olvida su bondad y su obediencia y no sólo piensa, sino dice á su madre que ve delinearse en su mente una reminiscencia de *coronacion* para el infeliz capitalista: súbita transicion que deja inutilizado al personaje.

El Vizconde, bien delineado en un principio, y constituyendo un buen carácter, cambia por esto mismo, pues necesitaba ser defectuoso, y en el último acto enjareta una relacion como de ciego, de polichinelas ó de romance, especie de adivinanza que con la oportunidad que se comprende le presenta á la familia atribulada, diciendo al final:

Y hoy dia ya es otra cosa  
aunque le esté mal decirlo,  
y que dá al cielo mercedes  
por tan marcados favores....  
y este Vizconde, señores,  
es un servidor de ustedes!

Yo tengo idea de haber oído este final en la plaza de los toros. Algun prestidigitador ó algun titiritero lo dijo.

No es ésta tampoco la única relacion bufa que hace el Vizconde; en otro lugar dice:

Ay chico! el salon ofrece  
un aspecto delicioso!

Soy práctico en estas cosas  
y al verle quedé aturdido,

. . . . .

de un lado los juramentos  
de dos sencillos amantes;  
de otro un marido celoso  
que ardiendo en ira se altera,  
sin ver que de esa manera  
está el pobre haciendo el oso!  
Aquí una mamá impaciente  
que echa á su esposo *una riña*,  
tan sólo porque su niña  
mira á un pollo que está enfrente.

Allá un galan seductor  
de costumbres *algo añejas*, etc.

todo lo cual es más propio de un Almanaque que de otra cosa.

Como la obra ha sido, en mi sentir, juzgada con imparcialidad, y como, á mi entender, es cierto cuanto de ella se ha dicho, no hago de ella el detenido exámen que hice de *El esclavo de su culpa*; ántes al contrario, omito muchos puntos que debiera tratar, porque al examinarlos no haria otra cosa que repetir lo que ya se sabe.

Diré, pues, como de paso, que la versificacion de *Grandezas humanas* es muy superior á la de *El esclavo de su culpa*, y me detendré un momento para decir que la segunda produccion del Sr. Cavestany indica un adelanto verdadero, porque *Grandezas humanas* es incomparablemente mejor que *El esclavo de su culpa*. Y paso á demostrarlo.

Inesperencia acusa, sin duda alguna, la primera de estas obras, cuando se vé al Vizconde participar á María su casamiento, ya sabido por todo Madrid, sin que hasta entonces la interesada lo sospechase siquiera; pero esto, que es acaso lo más inverosímil que se vé en la obra, es nada junto á la inverosimilitud más pequeña de *El esclavo de su culpa*; junto á aquella Enriqueta que va á casa de Cárlos, para evitar un soñado desafío; junto á aquel Cárlos que se separa de su hija porque lo exige el título de la obra, ó junto á Ramon, que tiene diez y seis años, y es diputado á Córtes, con barba corrida.

Que en *Grandezas humanas* Enrique envíe al abuelo de su novia diez mil duros para que se los guarde, es una inverosimilitud á todas luces evidente, mas tambien á todas luces perdonable, incidental, de puro detalle, y en la cual no reposa el argumento de la obra. Pero en *El esclavo de su culpa* no se ven ya inverosimilitudes, sino falsedades, no son pocas sino muchas, y en lugar de constituir un detalle insignificante, constituyen el fondo, la esencia misma de la produccion.

Es dramática, puede ser sublime, la escena en que una muger, vendiendo una inmensa repugnancia, se acerque al hombre que la ha deshonrado, para pedirle la vida de su marido; pero la parodia de esta escena, representada por una muger que sin violencia va á ver á su seductor para hablarle de sus pasados amores, cuando su intencion era hablarle de un desafio que los mismos interesados ignoran, es ridícula, no tiene de dramática más que la apariencia, el relumbron, y si un hombre ilustrado ha prorumpido en aplausos, será porque le ha cegado la infundada inspiracion del actor que ha transformado el cuadro con su talento.

Pues todas las escenas de *El esclavo de su culpa* se encuentran en el mismo caso. *El esclavo de su culpa* solo tiene, como dicen los andaluces, *fachenda*: en el fondo es un absurdo sin igual.

*Grandezas humanas*, en medio de sus defectos, es una obra escrita con mejor juicio, con más raciocinio, con más talento, en una palabra, pero tambien con ménos arte. En ella los personajes nunca concluyen, cuando toman la palabra; se entretienen en pronunciar discursos, tanto más prolongados cuanto más tarda en no llegar el pensamiento de moral casera ó de relumbron que se busca, y así las escenas son lánguidas, pesadas, insoportables.

Aquel talento especial, aquella aptitud para el drama que yo reconocia en el Sr. Cavestany, y que tanto contribuyó á alcanzarle aplausos en su primera produccion, dotándola de situaciones que aunque de relumbron animaban la escena y al público, no aparecen en *Grandezas humanas*. En esta obra no hay lo que se suele llamar situaciones teatrales, y esta ha sido la causa determinante del mal éxito obtenido.

Todo esto no impide que *Grandezas humanas* sea superior á la primera produccion del jóven autor; y pues que ha progresado, es posible que el Sr. Cavestany, estudiando más y escribiendo ménos, llegue un dia á escuchar aplausos fundados y merecidos.



Para dar á mis lectores una prueba de la *fuerza de asimilacion literaria* que constituye la *manera* poética del señor Cavestany, á continuacion trascrivo tres artículos: el primero, debido á la bien cortada pluma del Sr. Don Eduardo de Lustonó, quien galantemente nos ha concedido autorizacion para reproducirlo; el segundo, de mi querido amigo el jóven poeta Sr. Rodriguez Marin, y otro, por último, que me sugirió la primera representacion de la obra del Sr. Sanchez-Arjona, titulada *Vivir muriendo*.

## CARTA CANTA.

---

Sr. D. Juan Antonio Cavestany.

Muy señor mio y de mi mayor consideracion literaria: Nunca he tenido la satisfaccion de estrechar su mano, ni de contarme en el número de sus amigos, aunque sí en el de sus admiradores y coristas entusiastas de su génio, tanto dramático como lírico.

Usted, para quien la entrada en el Parnaso por el departamento de los vivos fué cosa tan fácil, sirviéndole de billete de entrada un ejemplar de *El esclavo de su culpa*, obra de todos elogiada, por las más inflexibles y consolidadas inteligencias aplaudida, y por los más honrados criticos de familia acompañada con música y frases zurcidas sin conocerse; usted, repito, no sabrá ni quién es ni qué representa en el mundo este su humilde servidor que su mano besa; y por consiguiente, mucho ménos habrá llegado á usted la noticia de que no he perdonado medio para contribuir al mayor esplendor de una gloria que, desde que la adiviné, y cuando era verde todavia, puede decirse, ya me pareció que habia de llevar á usted á la inmortalidad vestido y peinado.

Y como á darle un aviso oportuno me autoriza este mismo entusiasmo que usted, [como poeta y autor me inspira, voy á tomarme la libertad] de decirle:

Jóven y ya concienzudo, señor de Cavestany, ha sido usted víctima de una... de una... es que no me atrevo á pronunciar la verdadera palabra castellana; pero llamémoslo *H.*, esto es, llamémoslo plagio, y de los más escandalosos que registra la historia de la gente *del oficio de escribir*.

Bueno era el proyecto que en un soneto indicaba el inolvidable Lopez Garcia; va haciendo mucha falta la introduccion de la Guardia civil en el Parnaso, para evitar, no ya simples descuidos en tomar lo ajeno, sino secuestros completos del individuo.

Ello es ó ha sido, y se lo comunico á usted para evitar que vuelva á suceder, si esto fuera posible, que un tal poeta á quien conocemos con el nombre de D. Antonio Fernandez Grilo, ha tomado una composicion que usted escribió con el epigrafe de *Las ermitas de Córdoba*, y sin desfigurar ni el citado título, escribiendo siquiera ermitas con *h*, como era de esperar, ¿no es verdad? ha publicado otra composicion, á la que bautiza de esta suerte: *En las ermitas de la sierra de Córdoba*.

Es una composicion gemela de la de usted; se parecen como dos gotas de agua, aunque una sea salada y otra dulce, y no cabe en esto duda de ningun género. Ese señor Grilo, que, con el mayor cinismo se atrevió á escribir y publicar en 12 de Diciembre de 1869 la citada poesia, que ya usted pensaria escribir, puesto que á la sazón seria usted aun más jóven autor que cuando se ha dado á luz, ese señor Grilo, repito, merece un correctivo.

Las *Ermitas* de usted han visto la luz pública y han brotado de su pluma en 15 de Mayo de 1878; esto es, nueve años despues que las del mencionado Sr. Grilo.

Me parece, y creo que lo mismo parecerá al resto de la humanidad, incluyendo á usted, que no puede dudarse de la incautacion literaria, ni de la razon que en el asunto le asiste.

Y, para desenmascarar á ese Grilo y que no siga engalanándose con las plumas de usted, hablando hiperbólicamente, voy á trascribir algunas casualidades de coincidencia, para que usted y todos lo sepamos, y quede cada cual en el puesto que le corresponda.

Decia ese Grilo en su composicion:

«Hay de la alegre sierra—sobre las lomas,  
Unas casitas blancas—como palomas.»

Y usted, señor Cavestany, iba á decir y lo dijo al romper á escribir en 1878:

«Allá donde la alondra—posa su vuelo  
Buscando el nido oculto—de su cariño;  
Allá donde la tierra—se junta al cielo,  
Hay unas casas blancas—como el armiño.»

El Sr. Grilo:

«Les dan dulces esencias—los limoneros,  
Los verdes naranjales—y los romeros.»

Segunda época: (Sr. Cavestany.)

«El romero les presta—suaves aromas,

El sol las ilumina—con clara lumbre,  
Y parecen al verlas—blancas palomas  
Que vienen á posarse—sobre la cumbre.»

Primera edición: (Sr. Grilo.)

«Allí junto á las nubes—la alondra trina;  
Allí tiende sus brazos—la cruz divina.»

Refundición: (véase Cavestany.)

«Hasta aquellos lugares—no lleva el viento  
Del mundo los impíos—roncos clamores;  
Allí sólo levantan—su dulce acento  
La voz de las alondras—y ruiseñores.»

Con esto bastaría para demostrar que el señor Grilo presintió al señor Cavestany y su composición *Las Ermitas de Córdoba*, hasta donde puede llegar un presentimiento.

Esto es escandaloso, señor Cavestany, y yo en lugar de usted, pondría á ese señor Grilo como un rico trapo, sin excusa ni consideración, porque para coincidencia es mucho; y no crea usted que sólo existen analogías en las estrofas citadas; para que usted se convenza, allá va el resto.

Grilo, 1869, ántes de J. C. (Esto es: ántes de Juan Cavestany):

«Hay de la alegre sierra—sobre las lomas  
Unas casitas blancas—como palomas.  
Les dan dulces esencias—los limoneros,  
Los verdes naranjales—y los romeros.  
Allí junto á las nubes—la alondra trina,  
Allí tiende sus brazos—la cruz divina.  
Allí olvidan las almas—sus desengaños,  
Allí cantan y rezan—los ermitaños.  
El agua que allí oculta—se precipita,  
Dicen los cordobeses—que está bendita.  
Prestan á aquellos nidos—luz los querubes,  
Guirnaldas las estrellas,—manto las nubes.  
Muy alta está la cumbre,—la cruz muy alta,  
Para llegar al cielo—¡cuán poco falta!  
Puso Dios en los mares—flores de perlas;  
En las conchas jardines—donde esconderlas.  
En el agua del bosque—frescos murmullos;  
De Abril en las auroras—tiernos capullos.  
Arpas del Paraíso—puso en las aves;  
En las húmedas auras—himnos suaves.  
Y para dirigirle—preces benditas,  
Puso altares y flores—en las ermitas.

Las cuestas por el mundo—dan pesadumbre  
A los que desde el llano—van á la cumbre.  
Subid adonde el monje—reza y trabaja;  
Más larga es la vereda—cuando se baja.  
Ya la envuelva la noche,—ya el sol la alumbre,  
Buscad á los que rezan—sobre esa cumbre.  
Ellos de santos mares—van tras el puerto,  
Caravana bendita—de aquel desierto.  
Forman música blanda—de un campanario;  
De semillas campestres—santo *rosario*.  
De una gruta en el monte—plácido asilo;  
De una tabla olvidada—lecho tranquilo.  
De legumbres y frutas—pobres manjares,  
Parten con los mendigos—en sus hogares.  
Allí la cruz consuela,—la tumba advierte;  
Allí pasa la vida—junto á la muerte.  
Por los ojos que finge—la calavera,  
Ven el mundo y su vana—pompa altanera.  
Calavera sombría—que en bucles bellos  
Adornaron un dia—ricos cabellos.  
Esos huecos oscuros—que se ensancharon.  
Fueron ojos que vieron—y que lloraron.  
Por esas grieteadas—formas vacías,  
Penetraron del mundo—las armonías.  
¿Qué resta ya del libre,—mágico anhelo,  
Con que esa frente altiva—se alzaba al cielo?  
La huella abandonada—de un sér extraño,  
Adornando la mesa—de un ermitaño.  
Aquí en la solitaria—celda escondida,  
Un cráneo dice: *muerde*,—y una cruz: *vida*.  
No á Dios el alma vuela—bajo un palacio;  
Para ir á Dios, el alma—busca otro espacio.  
Muy alta está la cumbre,—la cruz muy alta;  
Para llegar al cielo—¡cuán poco falta!

Cavestany (D. J. A.) 1878.

«Allá donde la alondra—posa su vuelo,  
Buscando el nido oculto—de su cariño;  
Allá donde la tierra—se junta al cielo,  
Hay unas casas blancas—como el armiño.  
El romero les presta—suaves aromas,  
El sol las ilumina—con clara lumbre,  
Y parecen al verlas—blancas palomas

Que vienen á posarse—sobre la cumbre.  
Allí el alma su vuelo—tiende afanosa,  
Pues tienen, para darle—mayor poesía,  
Por pedestal la verde—campaña hermosa,  
Y por dosel el cielo—de Andalucía.  
Allí léjos del mundo,—libre de enojos,  
Se ofrece al desgraciado—tranquila calma;  
Extensos horizontes—hallan los ojos  
Y horizontes más puros—encuentra el alma.  
Hasta aquellos lugares—no lleva el viento  
Del mundo los impíos—roncos clamores,  
Allí solo levantan—su dulce acento  
La voz de las alondras—y ruiseñores.  
La horrible calavera—seca y helada,  
Una mesa y un libro—que al rezo invita,  
Un cuadro de la Virgen—Inmaculada,  
Y junto al libro abierto,—la cruz bendita.  
Así la blanca celda —del ermitaño  
Se oculta de los montes—tras la espesura;  
Nada se encuentra en ella—de aspecto extraño,  
Todo respira calma,—paz y dulzura.»

Y prosigue el Sr. Cavestany (D. J. A.) -

«Yo pisé los umbrales—de aquella estancia,  
Descubierta la frente—con santo anhelo,  
Y aspiré tras sus muros—esa fragancia  
Que debe respirarse—cérca del cielo.  
En ella encuentra el alma—paz verdadera,  
Aunque el cuerpo no encuentre—cómodo asilo;  
El lecho en que reposan—es de madera,  
Pero duermen en cambio—sueño tranquilo.  
¡Otros habrá en el mundo—que, á su despecho,  
Al abismo llevados—por la demencia,  
Aunque reposo busquen—en blando lecho,  
No acallarán el grito—de su conciencia!  
Alzada sobre rocas—y peñascales,  
A la luz de la luna—triste y callada,  
Como velando el sueño—de los mortales,  
Se eleva silenciosa—la Cruz sagrada.  
¡Oh Cruz, Cruz redentora,—que con empeño,  
Simbolizas del hombre—la fé sentida,  
A cuántos ha salvado—tu santo leño  
En el mar borrascoso que llaman *vida!*

¡Felices los que viven—sin el bullicio  
Y se ocultan del monte—tras los senderos;  
Nunca léjos del mundo—se anidó el vicio  
Entre verdes naranjos—y limoneros.

Esa atmósfera pura,—llena de aromas,  
El viento que en las ramas—murmura y gime,  
La altura sorprendente—de aquellas lomas,  
Todo es en ellas grande,—todo sublime.  
Allí libres de angustias—y sobresaltos,  
Viven aquellos séres—con dulce anhelo,  
Y como por su dicha—viven tan altos,  
Les sorprende la muerte—cérca del cielo.  
Seguid, seguid la senda;—no sin trabajos  
Se conquista esa gloria—perenne y viva;  
Más léjos está el mundo—que yace abajo,  
Que ese cielo extendido—que se abre arriba.  
El fin de la jornada—cierto se sabe;  
Yo voy perdido, solo,—por el sendero;  
¡Ojalá de mi vida—la pobre nave  
Siguiera tan segura—su derrotero!  
La virtud en vosotros—su aroma exhala;  
No os da la penitencia—gran pesadumbre;  
Haced de esas virtudes—segura escala  
Con que subir al cielo—desde la cumbre.  
Hoy que en el mar del mundo—solo me pierdo,  
Sin encontrar el punto—de mi partida,  
A mi memoria unido—vuestro recuerdo,  
Ha de durar en ella—lo que mi vida.»

Como usted verá, hay variantes de consideracion.

En la poesía del Sr. Grilo, *En las ermitas de la sierra de Córdoba*,  
no hallará usted, señor Cavestany, la estrofa

«Allí léjos del mundo...» etc.

Ni la que empieza

«Yó pisé los umbrales...» etc.

Y no las hallará usted en esa composicion, porque las habia puestas  
el Sr. Grilo en otra parte.

Allá vá, para confundir á D. Antonio en beneficio de D. Juan.

Grilo, en *La chimenea campesina*:

«Honrados campesinos—entre sus muros,  
Viven al mundo agenos,—en dulce calma;  
Brinda el campo á sus ojos—goces mas puros,  
Y en el trabajo encuentran—la paz del alma.

Bajo las negras vigas—de humilde estancia,  
Libre ya de las lluvias—y el torbellino,  
Aspiré los efluvios—de esa fragancia  
Que tiene el techo ahumado—del campesino.»

Y usted, señor Cavestany:

«Allí, léjos del mundo,—libre de enojos,  
Se ofrece al desgraciado—tranquila calma;  
Extensos horizontes—hallan los ojos  
Y horizontes más puros—encuentra el alma.  
Yó pisé los umbrales—de aquella estancia,  
Descubierta la frente—con santo anhelo,  
Y aspiré tras sus muros—esa fragancia  
Que debe respirarse—cérca del cielo.»

Aquí pudiera extenderme en largas consideraciones filosóficas y morales, y sacar á plaza aquella especie vulgar y acusadora que se extendió al aparecer usted en el mundo literario con su drama en la mano, titulado *El esclavo de su culpa*, que ya sabe usted que habia un Sr. Sanchez Arjona que trataba de redimir al *esclavo*, alegando no sé qué derecho de prioridad.

Pero lo cierto es que usted se calzó, como era justo, con *El esclavo de su culpa*, y que ese pretendiente nada pudo probar.

Pero respecto de las *Ermitas*, ya es otra cosa.

Que se atreva Grilo á desmentirme; que niegue que tomó en 1869 su composicion de usted de 1878; que niegue que se inspiró en ella; que se incautó del pensamiento, de las imágenes; que barajó las palabras y las fué distribuyendo con arreglo á su caprichosa imaginacion; que hable... y entónces... entónces le daremos la segunda paliza á ese plagario, siquiera sea para dejar á cada cual en su puesto.

Hasta tanto, B. S. M.

E. DE LUSTONÓ.

Madrid, 24 de Mayo de 1878.



---

## ÉRAMOS POCOS, Y...

---

¿Hay entre mis lectores quien no conozca al Sr. D. Juan Antonio Cavestany, al aplaudidísimo autor de *El esclavo de su culpa*? Seguramente nó. Su primera produccion dramática obtuvo un éxito extraordinario en casi todos los teatros de España; sus apologistas fatigaron las prensas con inusitados elogios al jóven autor; se expusieron sus fotografías en todos los escaparates de Madrid; se le llamó *génio, gloria de Sevilla, lumbrera del arte*, etc. etc. Aquello fué una verdadera algarada literaria.

Pero tambien sabrán mis lectores que no todo fué tortas y pan pintado para el adolescente escritor; que su gloria no estuvo, ni con mucho, exenta de disgustos y contrariedades; que hubo periódicos, de Madrid y de provincias, que disintieron notablemente de las generales apreciaciones acerca del valor y originalidad de la aplaudida comedia, cuáles sosteniendo que era plagio de otra ú otras, cuáles afirmando, y tal vez probando, que *El esclavo de su culpa*, por su asunto, por sus caractéres, por su versificacion, por todo, en fin, carecia de mérito bastante á justificar las frases de elogio que se le prodigaban.

Entre estos periódicos, uno (creo que *La linterna*) dijo que la comedia del Sr. Cavestany estaba tomada de otra, titulada *Vivir muriendo*, que su autor, el Sr. D. José Sanchez-Arjona, tenia entregada en el Teatro Español con anterioridad á aquella, y cuyos ensayos habia impedido la aparicion en Madrid de *El esclavo de su culpa*. Comentóse en todas partes esta especie; se acogió por unos, se rechazó con indignacion por otros, y todos, sin excepcion, esperaron con impaciencia que el estreno de la obra del Sr. Sanchez-Arjona viniera á dar luz en tan controvertido asunto. Pero la comedia *Vivir muriendo* no se estrenó, no

se ha estrenado aún. ¿Acaso porque su autor no haya querido? Me consta que nó. Entónces, ¿por qué?... Dios y álguien más lo saben.

Ahora bien, y en tanto que nuevos sucesos no vengan á disipar, en cualquier sentido, todas las dudas; si yo pruebo que en otra ocasion el Sr. Cavestany ha plagiado, plagiado completamente, al Sr. Sanchez-Arjona, creo que, por una induccion muy lógica, habré probado tambien, no la certeza de que *El esclavo de su culpa* sea un plagio, total ó parcial, de *Vivir muriendo*; pero algo más que la posibilidad de que lo sea. Este es el objeto de mi artículo.

En 1875, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en público certámen, premió con el *acesit* una leyenda del Sr. Sanchez-Arjona, titulada *Fernando de Herrera*. En 1876, esto es, en el año siguiente, la misma Real Academia, en otro certámen, concedió los honores de la lectura y publicacion á otra leyenda, titulada *Rioja*, cuyo autor resultó ser el Sr. Cavestany.

Examinar hasta qué punto ha seguido el Sr. Cavestany, en el asunto y plan de su leyenda, y aun dejando mal parada la verdad histórica, las huellas del Sr. Sanchez-Arjona, trabajo es que, por el detenimiento que merece, no quiero hacer objeto de este artículo: el lector descontentadizo y desconfiado podrá hacer por sí mismo tal estudio, leyendo concienzudamente las dos obritas, en los cuadernos de los aniversarios de Cervántes, que publicó la referida Academia. (Sevilla—Alvarez y C.<sup>a</sup>, 1875 y 1876.) Sólo me ocuparé, por tanto, de copiar algunos trozos de ámbas leyendas: no todos aquellos en que ha habido *casualidades de coincidencia* por parte del Sr. Cavestany, sino solamente los que primero han saltado á mi vista, al hojear, por cierto muy á la ligera, una y otra composicion.

Entre amigos, con verlo basta:

### FERNANDO DE HERRERA.

(SANCHEZ-ARJONA, 1875.)

Sevilla, vergel querido  
Del Arabe en otro tiempo,  
A cuyo recuerdo, llanto  
Aun vierte allá en el desierto;  
La ciudad que reclinada  
A la sombra del soberbio  
Monumento que al Creador  
La Fé y el Arte erigieron,  
Cual poderosa sultana,  
Oye el rumor soñoliento  
De las cristalinas ondas

### RIOJA.

(CAVESTANY, 1876.)

Vencida, al fin, por el sueño  
Y en sus brazos reclinada,  
Sevilla, la pátria ilustre  
Que meció alegre y ufana  
La cuna de mil varones  
Que son su orgullo, y ensanchan  
El límite de su historia  
Siempre gloriosa y preclara,  
En el manto de la noche  
Envuelta, triste y callada,  
Más que ciudad populosa,

Del Guadalquivir sereno,  
Mientras en manto de flores  
Se envuelve, y, cual puro incienso,  
Le ofrecen su grato aroma  
Naranjos y limoneros.  
Del sol la hermosa querida,  
La eterna mansion del géneo,  
La que su nombre la Fama  
Grabó con letras de fuego,  
Entre tinieblas oculta  
Yace en profundo silencio,  
Y, pensando en sus grandezas,  
Reposa en brazos del sueño.  
Sueño que arrulló otro día  
Moruna guzla gimiendo;  
Sueño que turbó cien veces  
El Monarca Justiciero,  
Y que ahora sólo interrumpen  
Quejas de amorosos célos  
Que á damas dan en la reja  
Enamorados mancebos.  
En el palacio del conde  
De Géives, noble heredero  
De títulos y fortuna,  
Y hombre de claro talento,  
En un salon espacioso,  
De rico tapiz cubierto,  
Que una opaca luz alumbraba  
Con misteriosos reflejos,  
Dibujando en las paredes  
Mil sombras, que, cual espectros,  
Ya presurosas se agitan  
Al compás de los destellos,  
O ya, corriendo medrosas,  
Pegándose al duro cedro,  
En las labores se ocultan  
Del artesonado techo,

.. . . . . , ..

Tranquilo Eden semejaba.  
Sólo turba su silencio  
Un eco que léjos vaga,  
Y es el murmullo del Bétis,  
Que alegre corre á sus plantas;  
Murmullo que el viento lleva  
En sus purisimas alas;  
Murmullo que va diciendo  
Mil amorosas palabras,  
Y que es el solo testigo  
De las venturosas ánsias  
Con que eterno amor se juran,  
En una abierta ventana,  
Algun apuesto mancebo  
Y una niña enamorada.  
Todo era entónces sublime,  
Todo calma respiraba,  
Y hasta ese Templo gigante  
Que de Dios el poder canta  
Y al mismo cielo se eleva  
Con magnífica arrogancia,  
A los rayos de la luna  
Más hermoso se mostraba;  
Rayos que entrando indecisos  
Por una reja, alumbraban  
Con débil y opaca luz  
Los ámbitos de una estancia,  
Proyectando en las paredes  
Sombras mil, que, cual fantasmas,  
Como huyendo de sí mismas,  
Por doquiera se agitaban.

¿Qué tal? ¿No es verdad que se parecen más de lo justo estos dos fragmentos? En el uno, Sevilla oye el soñoliento rumor de las cristalinas ondas del Guadalquivir; en el otro, sólo turba su silencio (el de Sevilla) el murmullo del Bétis. En aquél, reposa en brazos del sueño; en éste, se reclina en sus brazos. En el primero, una opaca luz alumbraba con sus reflejos misteriosos un salon y dibuja en las paredes mil sombras que cual espectros, etc.; en el segundo, por variar, la luna con su débil y opaca luz tambien alumbraba los ámbitos de una estancia, tambien proyectando en las paredes, no mil sombras, sino sombras mil, que, cual fantasmas, etc.

Y dije «por variar», porque las sombras del Sr. Sanchez-Arjona son

*cual espectros*, mientras que las del Sr. Cavestany son *cual fantasmas*, diferencia que, como cualquiera conoce, no es grano de anís.

¡Oh! si el pícaro asonante no hubiera reclamado á voces al Sr. Cavestany la palabra *fantasmas*, quizás *espectros* y muy *espectros* hubieran sido; pero ¡ya se ve! el poeta no escribe lo que quiere ni como quiere, y bien lo dijo Quevedo cuando dijo:

«¡Oh míseros poetas, condenados  
á puros versos, como ves, perdidos!»

Prosigamos:

Junto á una gran chimenea  
De bruñido jaspe negro,  
Reposa una ilustre dama,  
En cuyo rostro hechicero  
Marcadas están las huellas  
De profundos sufrimientos.

En esa estancia se encuentra  
Un mancebo, en quien marcadas  
Se ven las huellas profundas  
De desventuras amargas.

Seguramente, el Sr. Cavestany, teniendo en una mano la leyenda *Fernando de Herrera*, y en la otra la pluma con que escribía la leyenda *Rioja*, dijo para su coletó: «Enmendemos la plana al Sr. Sanchez-Arjona. ¿Por qué han de ser los *sufrimientos* los *profundos*, y nó las *huellas*? Y ¿por qué no han de ser *desventuras*, en lugar de *sufrimientos*?» Y entónces escribió los cuatro versos que dejó trascritos, mirando otras tantas veces los seis del modelo, y... cate usted á Periquito hecho fraile.

Vea el Sr. Lustonó cómo aquel otro plagio de que, con tan inimitable gracejo, dió cuenta á los lectores de *El Globo*, en su trabajo titulado *Carta canta*, vea, digo, cómo no era la primera rata que desollaba el Sr. Cavestany.

Adelante:

Reposa en alto sillón  
De rico tapiz forrado,  
Frente á frente colocado  
De un espacioso balcón.  
Los rayos del sol naciente  
Que en la estancia penetraban,  
Sus trenzas acariciaban,  
Besando su casta frente.

...Y otras, caer se dejaba  
En un sillón colocado  
Enfrente de una ventana,  
Por la cual la débil luz  
De la luna penetraba,  
Cuyos moribundos rayos  
Su hermosa frente besaban.

Me parece que si ésto no es plagiar....

É indudablemente, se necesita talento, cierta especie de talento para estas cosas: hay que huir un poquito del original; es preciso desfigurarle, tanto ó cuánto, á fin de que la lectura de éste no nos re-



Exhala tristes sollozos  
Que el viento en sus alas lleva,  
Y, en su delirio, repite:  
«¡Despierta, Leonor, despierta!  
¡Vén á calmar mis pesares!  
¡Vén á mitigar mis penas!»

«¡Isabel, Isabel mia!»  
—Dice aquel hombre llorando:—  
Si aquí me ves derramando  
Este llanto de agonía,  
Calma mi pena sombría,  
Mitiga mi acerbo duelo;  
.....»

Para muestra son muchos botones. Allá va el último:

Sus labios posa en la piedra,  
Y el contacto de aquel mármol  
Su ardiente corazón hiela.  
Se alza, contempla la tumba  
Con gozo y al par con pena,  
Y el llanto enjuga, diciendo:  
«¡Reposa en paz, Leonor bella!»

Volvió la tumba á besar  
Con sus lágrimas regada,  
Y de la mansion sagrada  
Se alejó triste y sombrío,  
Repitiendo: «¡Padre mio,  
Ya está tu deuda pagada!»

Y mi deuda también, aunque, por amor á la brevedad, me calle unas cuantas cosas que se me ocurren, y que prometo decir, con otras nuevas que se me ocurrirán, si á ello se me obliga de algun modo. Por desgracia del Sr. Cavestany, hay mucha tela cortada.

Réstame, para concluir, dar un pésame y una enhorabuena. El pésame, al Sr. Sanchez-Arjona, que bien lo merece quien puede decir con Virgilio:

*Hos ego versiculos feci; tulit alter honores.*

La enhorabuena, á mí mismo; porque escribiendo estas líneas rindo público tributo de adhesión á esas dos nobles hermanas, tan desdeñadas hoy, que se llaman la Justicia y la Verdad.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

Sevilla, 30 de Noviembre de 1878.

---

# VIVIR MURIENDO

Y

## EL ESCLAVO DE SU CULPA.

---

Cuando en las columnas de algunos periódicos, indignada la justicia, repitió una y mil veces que el tan indebidamente aplaudido *Esclavo de su culpa* era un plagio servil, casi una copia de *Vivir muriendo*, obra inédita del Sr. Sanchez Arjona, inadvertidamente leída ante el Sr. Cavestany, pudo quedar alguno que acaso pusiese en duda estas afirmaciones, mirándolas como exâjorado apasionamiento, y nó como verdad inconcusa demostrable por la más rigurosa experiencia.

Pero hoy que por fin el autor de *Vivir muriendo* ha hecho posible la demostracion de lo que yo tambien habia dicho en las columnas de LA ENCICLOPEDIA, hoy afortunadamente para los hombres amigos de la verdad no cabe la duda de semejante in calificable plagio que deso evidenciar ante los ojos de mis lectores, para dejar completamente justificadas mis terminantes afirmaciones.

Como decia con mucha propiedad el Sr. Rodriguez Marin, probando otro plagio del Sr. Cavestany, este autor cuida de diferir del original lo necesario para que no sea enteramente igual á la copia y no se reconozca con facilidad la genealogía de su produccion.

Esto precisamente ocurre con *El esclavo de su culpa* que ha labrado el renombre de que goza tan injustamente el Sr. Cavestany, y que hace que aun hoy, despues que *Las Ermitas de Córdoba*, *Grandezas humanas* y Rodriguez Marin han venido á dejarlo en el lugar que le pertenece y que nosotros le hemos asignado siempre, aun haya periódico que se refiera al *legítimo* triunfo alcanzado por *El esclavo de su*

*culpa*. Y ¿cómo era posible que después de una buena obra el Sr. Cavestany nos abrumara con plagios y puerilidades? Si hizo la primera, ¿por qué nó la segunda? Todo esto obedece á que aun no ha hecho la primera. *El esclavo de su culpa* es no más que un absurdo.

Entrando en el paralelo, empezaré por decir, que en *Vivir muriendo* hay como en *El esclavo de su culpa* un marqués, cuya muger ha tenido un desliz antes de casarse y un fruto de ese desliz, siendo su cómplice ó su amante nó un íntimo amigo de su marido, como figuró Cavestany, sino un hermano del esposo.

Conversando ambos hermanos, refiere el seductor al ya casado que tiene una hija, fruto de amores ilegítimos, y apenas esto sabido aparece en escena la marquesa, que queda absorta al reconocer á su seductor en su cuñado, que á su vez se admira al ver en la muger de su hermano á su antigua amante.

Sin emplear los recursos de *Del enemigo el consejo*, á que recurre el Sr. Cavestany, llega el Marqués á saber la falta de su muger, y sus amores con Enrique su hermano, y deseoso de tomar venganza intenta decir á Elisa, fruto del desliz, la verdad de su origen y pretende desafiarse á Enrique. Cuando ambos van á batirse se detienen ante un retrato de su madre, y recordando el amor de ella hácia los dos, renuncian á las armas, y Enrique se resuelve á emigrar para siempre, apartándose de su hija que permanece en España con su padre adoptivo.

Tal es el argumento de *Vivir muriendo*, que solo difiere de *El esclavo de su culpa* en algunos detalles y en la parte que el Sr. Cavestany toma de *Del enemigo el consejo*, llevando así á la escena dos acciones, de lo cual resulta el movimiento y falso brillo que á no pocos ha deslumbrado sin embargo.

Mis lectores, que conocerán sobradamente á *El esclavo de su culpa*, podrán así apreciar la semejanza y el evidente plagio que existe en una y otra obra, y conociendo *Del enemigo el consejo*, verán cómo también ésta ha servido de original.

Pero no es solo el argumento: son las escenas, los consonantes los puntos y comas los que están plagiados, y como no hago afirmaciones sin comprobación inmediata, voy á transcribir algunos renglones para hacer más palmario lo que digo.

No quiero decir que en la 2.<sup>a</sup> escena del primer acto de *Vivir muriendo*, la madre y la hija, ó sea la Marquesa y Elisa, hablan de la supuesta madre de la segunda y hay aquello de

ELISA            Y por qué?  
MARQUESA.        Porque ya ha muerto  
                          la que decirlo podría;



MARQUÉS. Veinte y dos.

MARQUESA. Su nombre?  
(Con ansiedad creciente.)

MARQUÉS. Enrique.  
Mas por qué tan intranquila  
te muestras?

RAMON. (Notando su distraccion.)  
¿Qué tienes? te sientes mal?

Dice la escena 4.<sup>a</sup> del acto primero de *Vivir muriendo* y dice la 3.<sup>a</sup> del acto primero de *El esclavo de su culpa*:

VIVIR MURIENDO.

MARQUÉS. Escúchame, y si esta historia

Llegaste acaso á olvidar  
Déjamelá recordar  
Y grábala en tu memoria.  
En una calle apartada  
Y en una casa sombría,  
Una huérfana vivía  
De todos abandonada.  
De belleza era un dechado  
Y por honrada y hermosa  
Hacerla quiso su esposa  
Un hombre amante y honrado.  
Él, al hacerlo juzgó  
Que iban á ser venturosos  
Por siempre los dos esposos.

MARQUESA. (Suplicante.) Andrés

MARQUÉS. (con amargura)  
Mas se equivocó.  
Convertir en paraiso  
Su casa pensaba

MARQUESA. Andrés.

MARQUÉS. Se casaron y después...  
Después.....

Ah!

Dios no lo quiso

Él dióle hacienda cuantiosa

.....

MARQUESA. Al olvidoni un momento

Yo tus favores he dado  
Y por ellos te he guardado  
Eterno agradecimiento.

MARQUÉS. Agradecimiento si,  
Pero es mayor mi ambicion;  
Al darte mi corazon  
Cariño en cambio pedí.

.....

Díme, dime por piedad  
La causa de tu quebranto

EL ESCLAVO DE SU CULPA.

RAMON. Qué tienes? te sientes mal?

ENRIQUETA. Yo? No tal.

RAMON. Me figuraba...  
(Contemplándola. Pausa.)  
Con razon ha tiempo creo  
Que algo te aflije y te inquieta.

ENRIQ. (Con cariño)  
De veras que nó!...

RAMON. (Sentándose á su lado.)  
¡Enriqueta

No me niegues lo que veo!  
Tu no eres feliz!

ENRIQ. ¡Qué antojos!  
No piense tu mente loca!...

RAMON. ¡A qué me niega tu boca  
Lo que me dicen tus ojos?

.....

Al fin me confesarás  
Que á la verdad no hago agravios;  
¡Podrán mentirme tus labios....  
Pero tus ojos jamás!

.....

ENRIQ. Te debo tanto.... Ramon!

RAMON. No digas!

ENRIQ. Tu conocías

La historia de mi existencia.

.....

Y con noble empeño  
Aquella falta olvidando  
Tú amarme ofreciste ansiando  
Demimano ser el dueño.

RAMON. Bien, pero al hacerlo así

Yo que ciego te adoraba  
La gratitud no buscaba  
Buscaba algo más en tí.  
No digo que esa virtud  
No atesores afanosa,  
Pero amor es una cosa  
Y otra cosa es gratitud.



El origen de tu llanto  
La razon de tu crueldad:  
Dímelo que yo prefiero  
La verdad.

MARQUESA. ¡Que desvario!  
Pues no sabes Andrés mio  
Que soy feliz y te quiero?  
Y que son necios *antojos*  
Los que tú juzgas *agravios*?  
MARQUÉS. *En vano traian tus lábios  
De desmentir á tus ojos.*

Escuso todo género de comentarios: mas como el Sr. Cavestany desfigura algunas escenas invirtiendo el órden de los pensamientos mismos del Sr. Sanchez Arjona, iré deshaciendo esas trasposiciones para hacer más fácil su comparacion.

VIVIR MURIENDO.

(Los dos hermanos dentro)  
ENRIQUE. Cuántas ganas de abra-  
zarte

Tenia ya hermano mio.

.. .. .  
.. .. .

MARQUÉS. Pues yo confio  
En que no habrán de pesarte  
Los dias que estés aquí.

ENRIQUE. (Apareciendo en la puer-  
ta del foro.)

Soy de tu misma opinion  
*Hombre! soberbio salon!*

.. .. .  
.. .. .

Envidio, hermano tu suerte.

MARQUÉS. Pues qué, dichoso no  
eres?

ENRIQUE. Lo fuera hallando la  
muerte.

MARQUÉS. No tienes confianza en  
mí?

Nadie mejor consolarte podrá.

ENRIQUE. Oyeme, escúchame hermano.

.. .. .  
.. .. .

Estar mirando  
Me figuro á otra inocente  
A quien yo villanamente  
De su cariño abusando  
La robé la única herencia  
Que en el mundo le quedaba

Yo que era dichoso al verla

EL ESCLAVO DE SU CULPA.

ALFREDO. *Pues señor este salon  
Convida á que le esperemos  
sentados.*

.. .. .  
.. .. .

RAMON (entrando) ¡Un abrazo!  
CÁRLOS. ¿Cómo estás?

RAMON. Verte por fin he logrado,  
Hombre vienes transformado,  
Dame otro abrazo.

CÁRLOS. Mil más.  
*Escena IX.*

Los dos amigos.  
RAMON. Tú eres más que un amigo

Un hermano para mí;  
Habla pues.

CÁRLOS. Que oigas formal  
Permiteme que te exija.

Ramon.... yo tengo una hija.  
RAMON. Eh! Tú una hija?

CÁRLOS. Si tal.

.. .. .  
.. .. .

Y á su madre hice creer  
que al poco tiempo murió.

RAMON. Y cómo es que tu engaño  
La infeliz no conoció.

Cuánto hace que eso pasó?  
CÁRLOS. Hace ya diez y seis años.

.. .. .  
.. .. .

Una idea me ocurrió.

.. .. .  
.. .. .

Después que la deshonré Sin comprender el por qué Hasta llegué á aborrecerla.	Usar un nombre fingido Con ella. (1)
Marché á Manila, y á poco Que de una niña era padre Me escribió la pobre madre	RAMON. Ese nombre cual es? Dí.
Porque es mi hija, sí mi hija!	CÁRLOS. Fernando de Espinosa.
	RAMON. Y el de ella? el de ella? CÁRLOS. Enriqueta.
	Alguien se aproxima.... Calla! (Aparece Enriqueta en la puerta de la izquierda.)
Si yo las pudiese ver, Si consiguiese mirarlas, Si al fin lograrse encontrarlas. (La Marquesa y Elisa aparecen en la primer puerta de la izquierda.)	RAMON. Es ya tarde! (Delirante viendo á Enriqueta.) ¡Mi muger!
MARQUESA. (Saludando) Señores, ENRIQUE. (Volviéndose hacia ella al oír su voz) ¡Ah!	(Presentándosela á Carlos) CÁRLOS. (Eh? cómo?... no es des- vario!)
MARQUÉS. (Presentándola) Mi muger.	(¡Ella!) (Viéndola.)
ENRIQUE. (Turbado. ¡Ella!) Señora.	RAMON. ¿Por qué te estremeces? (A Carlos.)
MARQUESA. (Idem.) (Dios mio, era él)	ENRIQUETA. (¡Fernando!) (Fijándose en Carlos.) (¡Jesus mil veces!)
Beso su mano.	RAMON. Aquí la tienes! (A Carlos.)
MARQUÉS. (Observándola). Se han turbado..... no comprendo).	ENRIQUETA. (¡Dios mio!) (Esforzándose por aparecer serena.)
CRIADA. (En la puerta del foro.) La comida está esperando.	CÁRLOS. Ramon!
MARQUESA. (¡El, hermano de mi esposo!)	RAMON. Nó, si no has de hablar!
ENRIQUE. (¡Ella, esposa de mi her- mano!)	CÁRLOS. Enriqueta! RAMON. Esa es mi esposa. (Presentándola á Carlos.) ¡Don Fernando de Espinosa, hoy don Carlos de Aguilar!

Tal es en ambas obras el final del acto primero. Cansado ya de esta enojosa tarea no la prosigo, aunque hay aún mayores analogias en los dos actos siguientes, dejando al curioso lector el trabajo de terminar esta comparacion, que en lo restante de la obra da por resultado demostrar la igualdad hasta de los consonantes y las comas.

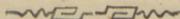
---

(1) La idea de ocultar su nombre tambien está tomada de *Vivir muriendo*, donde dice, pero en otro acto, la Marquesa á Enrique:

Nombre que ocultó V. un dia  
cuando á su inocente madre  
falso cariño mintió  
para dejarla más tarde.....

Solo nos resta dar la enhorabuena al Sr. Sanchez Arjona que tantos aplausos ha obtenido bajo el pseudónimo de *Juan Antonio Cavestany* y celebrar la buena acogida y el feliz éxito de *Vivir muriendo*, disfrazado de *Esclavo de su culpa*.

Sin embargo, no es posible: casi comprendo que el Sr. Cavestany plagie á Fernandez Grilo y á Javier de Montespín, pero que tome un verso, un pensamiento, un argumento, un drama entero de un íntimo amigo que fraternalmente y con noble confianza le enseña una obra inédita aún, eso es tan altamente punible, daría tal idea que..... no lo creo.





## POST SCRIPTUM.

---

Los hechos han venido á confirmar nuestras ideas, que ántes tenían tantos contradictores. El público, al fin, conoce su error, y las más doctas plumas se apresuran á dar á cada uno su verdadero lugar. Como el lector ha visto, nosotros habíamos hecho justicia al Sr. Cavestany, mucho ántes de la derrota sufrida por él en el estreno de su última comedia *El casino*, obra que no queremos examinar, porque ha sido tratada como merece, y sólo era nuestro propósito ocuparnos de lo que obtiene un éxito inmerecido.

Ya todo el mundo juzga como nosotros al Sr. Cavestany: he aquí cómo empieza un artículo del eminente crítico señor Revilla:

«Nos hemos equivocado en nuestros juicios. La caída dada por el Sr. Cavestany en su drama *Grandezas humanas*, nos pareció uno de esos parciales retrocesos que no son extraños en los buenos autores, y que á veces son ocasion de mayores triunfos. Creimos que el Sr. Cavestany se resarciría con usura de aquel fracaso y fiamos demasiado en las

fuerzas del novel autor. Volvemos á decirlo: nos hemos equivocado.»

Esto basta y sobra para garantizar la imparcialidad y la justicia de nuestras aserciones.

Hoy que el Sr. Cavestany viene á ocupar en el mundo literario el lugar que le habíamos designado y que le corresponde, estudie mucho, escriba nada ó poco, y *acaso* llegará á verse aplaudido con justicia, si en lugar de tener presente *Del enemigo el consejo*, (1) tiene presente el consejo del *enemigo*.

(1) Comedia de Don Eduardo Zamora y Caballero.

